J.B. PRIESTLEY

¿Cómo están en casa?

J. B. PRIESTLEY

¿CÓMO ESTÁN EN CASA?

(HOW ARE THEY AT HOME?)
COMEDIA EN DOS ACTOS

★

Traducción del inglés por
JUAN GARCÍA-PUENTE

AGUILAR

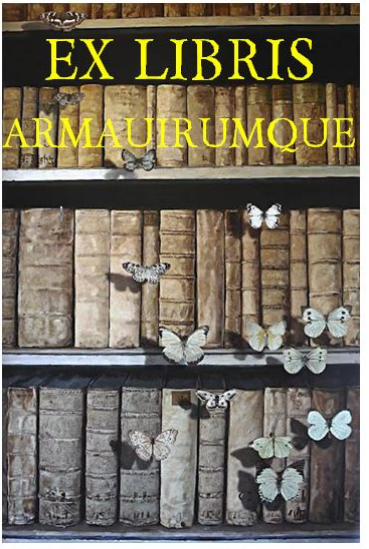
J. B. Priestley

¿COMO ESTAN EN CASA?

(HOW ARE THEY AT HOME?)

COMEDIA EN DOS ACTOS

Traducción de
JUAN GARCIA-PUENTE



¿CÓMO ESTÁN EN CASA? *Esta comedia de guerra fue estrenada en el Apollo Theatre, en mayo de 1944. Pero nunca estuvo en la intención del autor que fuese una contribución al West End Theatre. Fue escrita con el especial propósito de que las compañías de la ENSA* (1) *la representasen ante los soldados que se hallaban en el extranjero: de ahí su título. La he incluido en el presente volumen a causa de su interés como tópica pieza de tiempos de guerra, y porque a muchos de los hombres y mujeres que vieron representaciones de la misma durante su servicio en el extranjero podría agradarles poseer el texto de la obra. Los actores que la representaron en el Apollo Theatre—y que formaron un excelente reparto—no olvidarán fácilmente las alarmas y las bombas volantes que amenizaron la mayoría de las funciones.*

(1) Entertainments National Service Association. *(N. del T.)*

Esta obra fue estrenada, el día 4 de mayo de 1944, en el Apollo Theatre, de Londres, con el siguiente reparto, por orden de aparición en escena:

HILDA PACKET	Angela Wyndham Lewis.
KENTON	Charles Groves.
EILEEN STOCKS	Patricia Laffan.
SAM CAWTHRA	George Carney.
LOTTA SCHULBERG	Hella Kurty.
LADY FARFIELD	Jane Carr.
PAULINE CHESTER	Jennifer Gray.
MAYOR GEORGE WEBBER	John Salew.
RAYMOND KILLIGREW	Henry Hewitt.
COMODORO PENTWORTHY .	Mignon O'Doherty.
Capitán de grupo EDWARD CAMYON	Ralph Truman.
Jefe de escuadrilla TONY ACTON	Noel Dryden.
CABO PACKET	John Slater.

La acción, en Farfield Hall, Fassington, en el North Midlands, un sábado por la noche, durante la primavera de 1944.

ACTO PRIMERO

La escena representa el vestíbulo de una casa de campo bastante grande. Es una estancia de elevado techo y aspecto imponente, aunque, evidentemente, ha conocido días mejores. En el fondo, altos ventanales, a través de los cuales se ve un terreno que da impresión de parque. A la izquierda del actor, en el centro de la pared, hay amplias puertas dobles, que constituyen la principal entrada a la estancia desde fuera. En la misma pared de la izquierda, monumental chimenea, y en primer término a la izquierda, pequeña puerta que da acceso a la cocina, etc. A la derecha, en el centro, pie de una espléndida y antigua escalera, que describe una curva ascendente hasta perderse de vista. En la pared de la derecha, gran puerta que conduce a otro salón, etc. Una mesa de refectorio bastante larga ocupa el centro de la escena, y, haciendo juego con ella, puede haber dos largos bancos. Otras mesitas, poltronas, etcétera. Un teléfono. En las paredes, algunos vagos retratos familiares y unas cabezas de animales disecadas. Un lecho de campaña y un montón de mantas en un rincón. La estancia no está sucia, pero sí desordenada y estropeada, aunque la impresión general más que de una decadencia deprimente, es de una alegre bohemia.

Al levantarse el telón, KENTON, mayordomo muy viejo, raído, senil y casi enajenado, aunque todavía vagamente impresionado, está esforzándose por poner la mesa. La puerta del primer término de la izquierda, que da acceso a la cocina, se haya abierta, y, a través de la misma, se oye la radio, que está transmitiendo un vals vienés, y la todavía excelente voz de LOTTA SCHULBERT, que lo canta. KENTON escucha con una especie de cómica desesperación, luego hace todo lo que puede para continuar con su trabajo. Suena el timbre de la puerta. KENTON va a abrirla, después, regresa seguido por HILDA, vivaracha muchacha del Norte, y por EILEEN, linda y tímida joven.

HILDA.—*(Vivamente.)* Nos está esperando, ¿sabe?

KENTON.—Sí, señorita. Voy a anunciar a su señoría la llegada de ustedes.

HILDA.—Dígale que somos Hilda y Eileen. ¿No habrá visto usted al señor Cawthra, nuestro capataz?

KENTON.—No, señorita. Pero recuerdo que su señoría dijo que esta noche habría tres invitados.

HILDA.—Míster Cawthra es el otro. Oiga, ¿usted es un mayordomo?

EILEEN.—*(Con embarazo.)* Calla, Hilda.

HILDA.—No le importa que se lo pregunte, ¿verdad? ¿Es usted mayordomo?

KENTON.—*(Gravemente.)* Sí, señorita.

HILDA.—*(Encantada.)* ¡Con las ganas que tenía de ver uno!

Desde luego, he visto docenas de ellos en las películas. Bien, ¿quiere anunciarle que hemos llegado?

KENTON.—No faltaba más, señorita. Informaré sin demora a su señoría. *(Vase* KENTON *por el primer término izquierda.* HILDA *le sigue con la mirada, encantada.)*

HILDA.—«Informaré sin demora a su señoría.» Habla exactamente igual que ellos. Se creería que lo ha hecho a propósito.

EILEEN.—A lo mejor, así lo ha hecho.

HILDA.—Bueno, no veo por qué tenemos que seguir cargadas con todo esto. Vamos a dejarlo aquí. (HILDA *se acerca a la mesa del centro.)*

EILEEN.—*(Nerviosa.)* Supongo que no nos habremos equivocado de lugar.

HILDA.—No seas tonta, Eileen. Pues claro que no nos hemos equivocado de lugar. Tres invitados..., nosotras y el viejo Sam. *(Mira a su alrededor con expresión de honda satisfacción.)* Siempre hay una habitación como esta en las novelas de misterio. El cadáver estará en la biblioteca. Que será por aquí. *(Se ha dirigido hacia la puerta del primer término derecha, y la abre.)*

EILEEN.—Hilda, no debes hacer eso.

HILDA.—No hay más que una especie de pasillo estupendo. *(Volviendo sobre sus pasos.)* ¡Y aquí vive la buena de Farfy!

EILEEN.—*(Escandalizada.)* No debes llamarla así aquí.

HILDA.—*(Agradablemente.)* Bueno, no esperará que empiece ahora con esas finuras aristocráticas, después de haber trabajado con ella en el taller de montaje desde hace dieciocho meses, ¿verdad?

EILEEN.—Supongo que no, pero..., después de todo..., aquí es diferente, ¿no? *(Se oye cantar a* LOTTA *en la cocina, fuerte y alegremente.)*

HILDA.—Escucha eso. Canta bien. ¿Quién será? *(Se dirige ahora hacia la puerta de la cocina.)*

EILEEN.—*(Nuevamente alarmada.)* No, Hilda no debes hacerlo, de verdad. *(Entra* KENTON *por el primer término izquierda.)*

KENTON.—Su señoría estará con ustedes dentro de un ratito. Me manda decirles si les agradaría ver la casa. *(Cesa la canción en la cocina.)*

HILDA.—Está bien.

EILEEN.—Quiere decir... echar un vistazo por la casa, ¿no?

KENTON.—Eso, es, señorita. Farfield Hall tiene muchos rasgos interesantes.

HILDA.—Muy bien. De todos modos, me gustaría lavarme un poco.

KENTON.—Sí, señorita. Tengan la bondad de seguirme. (KENTON *precede ceremoniosamente a las dos jóvenes por las escaleras arriba.* LOTTA *empieza a cantar de nuevo, en el primer término izquierda. Al cabo de un momento, suenan varios timbrazos en la puerta de la calle. Después, entra* SAM CAWTHRA, *con cierta cautela. Viene cargado con varias botellas de cerveza, etc., y fumando en pipa.)*

SAM.—*(Llamando, aunque no muy fuerte.)* ¡Hola! ¡Hola! ¿Hay alguien en la casa? *(Deja en la mesa las botellas de cerveza, etc.;*

después oye cantar a LOTTA. *Abre la puerta del primer término izquierda y llama.)* ¡Eh! ¿Es esto Farfield Hall? ¡Eh! ¿No me he equivocado de casa? (SAM *retrocede uno o dos pasos, y* LOTTA *entra por la puerta abierta del primer término izquierda. Lleva puesto un delantal, etc., que indica su ocupación en la cocina.)*

LOTTA.—¡Oh!... ¡Hola!

SAM.—¿Cómo está usted?

LOTTA.—¿No le habrán dado una boleta de alojamiento aquí, verdad?

SAM.—No, no; no se preocupe. Sólo he venido invitado para esta noche..., suponiendo que esto sea Farfield Hall.

LOTTA.—Sí, es Farfield Hall. ¡Ah!... Usted es de la fábrica donde trabaja lady Farfield, ¿verdad?

SAM.—Justo. La fábrica de aviones. Me llamo Sam Cawthra.

LOTTA.—Sí, sí..., naturalmente... He oído a lady Farfield hablar de usted, señor Cawthra. Las dos jóvenes ya han llegado.

SAM.—*(Indicando la mesa.)* Me lo figuraba. Les hemos traído algunas cosas.

LOTTA.—*(Acercándose a la mesa.)* ¡Oh!... ¡Es maravilloso! ¡Cuántas cosas buenas! Mejorarán mucho la cena. Será una verdadera celebración.

SAM.—Pues de eso se trata, ¿no?

LOTTA.—Naturalmente. ¡Y cerveza!

SAM.—Lo cual no está para tiempos de guerra. No sé lo que pensará usted, pero, después de cinco o seis millas en bicicleta, yo estoy sediento y no me importaría beberme un vaso ahora mismo. ¿Qué le parece?

LOTTA.—Desde luego... Creo que sería magnífico, míster Cawthra. Aquí hay unos vasos. *(Uno de ellos empieza a servir la cerveza.)* Muchas gracias. Pero..., ¡oh!..., ¡qué tonta soy! Permítame que me presente. Lotta Schulberg, en tiempos de la Volksopera de Viena, y ahora..., bueno, una exiliada, ya sabe. Hace años yo era en Viena... lo que ustedes llaman una estrella. Y ahora soy aquí una especie de ama de llaves y cocinera.

SAM.—*(Estrechándole la mano.)* ¡Bien por usted!

LOTTA.—Es usted muy amable, míster Cawthra.

SAM.—Pues usted ha conservado muy bien la voz. La he oído cantar. Y sé distinguir lo que es bueno cuando lo oigo. Soy de Yorkshire, ¿sabe? Y me gustaría volver a oírla cantar más tarde.

LOTTA.—Será para mí un verdadero placer. No porque quiera presumir, como dicen ustedes, sino porque, cuando canto, olvido. Los amigos que han muerto o que han desaparecido vuelven a cobrar vida... Veo sus rostros..., oigo sus voces..., y los teatros, los cafés, las adorables y viejas calles de mi ciudad..., que vuelven a iluminarse... Pero dejemos esto..., perdóneme..., me estoy poniendo estúpidamente sentimental...

SAM.—No, no, nada de eso. Me parece muy natural. Bueno... *(Alzando su vaso)*... brindemos por nosotros y por que Hitler se vaya al infierno. *(Beben los dos.)*

LOTTA.—*(Con vehemencia.)* Siempre ha estado en el infierno... y por eso se dedica a destruir la felicidad de los demás. Me hubiera gustado ir con lady Farfield para construir aviones con ustedes..., pero no fue posible... De modo que ahora guiso. Tal vez algún día volveré a cantar en Viena... Si no, pues haré otra cosa..., quizá volver a cocinar. No importa, con tal que «ellos», los nazis defraudadores y asesinos, y todos los que sean como ellos, hayan desaparecido... y las gentes buenas y sencillas de Yorkshire y Austria, y de todas las partes del mundo, puedan conocerse y entenderse mutuamente...

SAM.—Eso está bien. Y que no intente nadie detenernos, eso es todo. Porque ya se nos empieza a subir la sangre a la cabeza...

LOTTA.—*(Desconcertada.)* ¿La sangre... a la cabeza?

SAM.—Bueno, no se preocupe. Déjelo. *(Mirando a su alrededor.)* Bueno, yo lo pensaría dos veces antes de venir a vivir a una casa como esta. Hace falta no poco para iluminar y calentar y limpiar una casa así. Aunque no es nada extraordinaria en realidad, ¿verdad?, una vez que se la mira despacio. La esposa no tendría tiempo de aburrirse si esta casa fuese suya.

LOTTA.—Una no sabe por dónde empezar en una casa tan grande como esta y sin más servidores que un anciano. Y, por si faltaba algo, hemos tenido que dar alojamiento a docenas y docenas de personas. *(Bajan* HILDA *y* EILEEN, *con* KENTON.)

SAM.—¡Ah! Aquí están las chicas.

KENTON.—Voy a ver si su señoría ha terminado ya. *(A* SAM.) Buenas noches, señor. ¿Es usted el otro miembro de esa fiesta en relación con la fábrica?

SAM.—Eso es. Y usted, ¿quién es?

KENTON.—Kenton, señor. El mayordomo de su señoría.

SAM.—¡Ah!, ya. Bueno, no creo que tenga que practicar mucho su oficio esta noche para nosotros. Tienen aquí una casa muy grande, ¿eh?

KENTON.—Sí, señor. Farfield Hall ha sido una mansión de mucho movimiento. Pero, naturalmente, los tiempos han cambiado, señor.

SAM.—Desde luego. Y cambiarán mucho más antes que hayamos terminado. Pero no se entretenga con nosotros, si está ocupado.

KENTON.—Gracias, señor. Informaré de su llegada a su señoría. *(Vase por el primer término izquierda.)*

LOTTA.—*(Riendo.)* En este momento, su señoría está terminando de limpiar su motocicleta. ¡Pobre Kenton!

HILDA.—No entiendo a ese hombre.

SAM.—Todo lo toma muy en serio, ¿verdad? Yo creo que exagera un poco la nota.

LOTTA.—*(Confidencialmente.)* No le hagan ustedes caso. Es ya muy viejo y lleva aquí muchísimos años de mayordomo... y ahora se le olvidan las cosas y no comprende lo que está sucediendo. A veces cree que esta guerra es la pasada, y otras se le olvida todo acerca de la guerra y cree que no ha cambiado nada.

SAM.—Deberían hacerle un sitio en la Cámara de los Comunes. Pero tengo que presentarles a ustedes.

LOTTA.—*(Sonriendo a las chicas.)* Lotta Schulberg... en tiempos, de la Volksopera de Viena..., ahora..., en la cocina.

SAM.—Eileen, una de las chicas del taller de montaje.

LOTTA.—Tiene usted unos ojos muy bonitos.

EILEEN.—*(Cohibida, pero encantada.)* Vamos..., no lo dirá en serio...

LOTTA.—Pues claro que lo digo en serio. Y debería usted «utilizarlos». ¿No se lo ha dicho nunca nadie? ¡Qué lástima! Y, además, tiene usted una naturaleza sensible y refinada. A veces, conozco a una persona al primer golpe de vista. Soy un poco psicóloga, ¿sabe? *(A* SAM.) ¿Es usted psicólogo, míster Cawthra?

SAM.—No; siempre que conozco a alguien al primer golpe de vista, me equivoco. Esta es otra de las chicas de nuestro taller de montaje...

HILDA.—Soy Hilda. ¿Y yo qué tengo?

LOTTA.—*(Que no lo sabe.)* Usted tiene... *(Hace una pausa impresionante.)* ...me parece que muy buena suerte.

HILDA.—Lo dudo.

EILEEN.—*(Apresuradamente.)* Oh, no digas eso, Hilda... Acuérdate del martes pasado...

HILDA.—No te acuerdes del martes, acuérdate del sábado. ¿Llamas a eso tener suerte? Andar seis millas para ir a bailar... y encontrarme con que había equivocado la fecha.

EILEEN.—Pero eso fue un accidente.

HILDA.—*(Vigorosamente.)* Cuando se tiene suerte, no se sufren accidentes... *(Suena el teléfono.* LOTTA *acude a contestar a la llamada.)*

LOTTA.—*(Al teléfono.)* Aquí Farfield Hall... ¿Sí?... Muy bien, espero...

HILDA.—¡Eileen, mira!

EILEEN.—*(Volviéndose.)* ¿Qué?

HILDA.—*(Indicando.)* Todas esas cabezas de animales.

LOTTA.—*(Todavía en el teléfono, pero dirigiéndose a* HILDA.) ¿Verdad que son horribles esos estúpidos animales? *(Hablando por teléfono.)* No, no hablaba con usted..., estoy esperando...

SAM.—Caza mayor, eso es lo que es. Una de las ocupaciones favoritas de las clases desocupadas en otros tiempos... Caza mayor. El viejo Mussolini y el gordo Goering no estarían mal ahí arriba, con unos ojos de cristal.

LOTTA.—*(Hablando por teléfono.)* Sí... Farfield Hall..., sí. ¿Ministerio de *Qué?*... Pero ¿existe semejante Ministerio? *(Ríe.)* Bueno, me parece muy cómico... En fin, ¿qué es lo que desea?... No, el señor Fleming ya *no* está aquí... Sí, sí. estuvo... «todo el mundo» ha estado alojado aquí..., pero se marchó ayer... Sí, yo le vi irse... Adiós, adiós... *(Deja el aparato y se vuelve a los invitados, sonriendo.)* ¿Por qué serán tan estúpidas esas telefonistas de los Ministerios? Ahora, voy a llevarme todos estos magníficos presentes a la cocina para preparar la cena. Pero antes quiero decir-

les a ustedes que estamos todos muy orgullosos de que lady Farfield haya sido ascendida a «encargada». Es maravilloso. Yo dije en seguida que era preciso celebrarlo. Encargada...

SAM.—Así es. Y no por influencia precisamente.

LOTTA.—*(Con orgullo.)* En absoluto. Ha trabajado de firme para llegar desde abajo hasta la cima.

SAM.—Bueno, exactamente la cima no. Pero sé lo que usted quiere decir.

LOTTA.—Y le digo una cosa: no se asuste.

SAM.—Muy bien. No me asustaré. Pero ¿a qué viene eso?

LOTTA.—Lady Farfield será severa, pero justa. Le dará las órdenes de modo que...

SAM.—*(Atónito.)* ¿Que me dará órdenes «a mí»?

HILDA.—*(Con acento impresionante.)* Sam es el «capataz».

LOTTA.—*(Impresionada.)* Oh..., lo siento..., naturalmente..., el «capataz».

SAM.—Está bien. No tiene necesidad de mirarme ahora como si fuese Stafford Cripps. Pero ocupo ese cargo desde hace mucho tiempo. Y ya armaba aviones cuando algunas de ustedes no habían empezado todavía a desnudar a sus muñecas.

LOTTA.—*(Alegremente.)* Ojalá fuese eso verdad por lo que a mí respecta. Bueno, ahora sí que tengo que volver a la cocina. *(Recoge las cosas que hay encima de la mesa.)*

EILEEN.—¿Puedo ayudarla a hacer la cena? Me gustaría mucho.

LOTTA.—*(Dirigiéndose con las cosas que ha recogido hacia el primer término izquierda.)* Desde luego. Muchas gracias. Tal vez la necesite dentro de un rato. Pero antes desearán ver a lady Farfield, como es natural. *(Ha llegado a la puerta y la abre.)* Aquí está. (LOTTA *mantiene abierta la puerta, para que entre* LADY FARFIELD, *todavía vestida con un «mono» lleno de grasa.)*

LADY FARFIELD.—¡Hola! ¡Hola, a todo el mundo!

SAM, HILDA, EILEEN.—Hola (etc.).

LOTTA.—Mire qué cosas tan buenas nos han traído para cenar.

LADY FARFIELD.—¡Oh..., maravilloso!

LOTTA.—Voy a preparar una cena magnífica. Ya verán. ¿Para cuántos?

LADY FARFIELD.—Pues nosotros... y Pauline... y Kenton. Espero que nadie más.

LOTTA.—Yo también lo espero, pero lo dudo. Siempre llega alguien a última hora. Ya hemos tenido aquí a todo el mundo, excepto al Ejército Rojo y a los guerrilleros yugoslavos. *(Vase* LOTTA. LADY FARFIELD *sonríe a sus invitados.)*

LADY FARFIELD.—Siento mucho haberles hecho esperar, pero quería dejar limpia la motocicleta. Bueno, ¿qué les parece mi casa?

HILDA.—Muy grande.

SAM.—Hará falta mucha gente para atenderla.

LADY FARFIELD.—Sí, es grande, y no puede ser atendida como es debido. Ya les dije que estaba muy abandonada y desordenada,

de modo que no les presento mis excusas. Ofrece un aspecto horrible y no puedo hacer nada para remediarlo. Antes de la guerra, había aquí diez criados. Ahora hay una mujer del pueblo, que viene de cuando en cuando, Lotta, que es muy buena y constituye una gran ayuda, pero de quien no se puede esperar se ponga a fregar suelos, y el pobre Kenton...

SAM.—Está un poco chiflado, ¿verdad?

LADY FARFIELD.—Supongo que sí. Nunca sabe exactamente lo que ocurre a su alrededor. Así es que, aparte de Pauline, la muchacha del Ejército Femenino de Tierra, ese es todo el personal de la casa. ¡Así como para atenderla como es debido!

EILEEN.—Y luego, no hacen más que enviarle gente para alojarla, ¿verdad?

LADY FARFIELD.—Por millares. Ya oyeron lo que dijo Lotta. La mitad del esfuerzo bélico de las Naciones Unidas parece haberse efectuado a través de esta casa. Podría escribirse la historia de la guerra con solo examinar los daños causados en ella. La cosa empezó en 1939, con cincuenta mujeres y niños de Sheffield. Cuando volvieron a sus casas, llegó el cuartel general del batallón de infantería ligera de Loamshire. Después, la Fuerza Aérea Polaca. Luego..., dejen que lo piense..., sí, sesenta y dos mujeres y niños de Bootle. A continuación, artillería antiaérea y reflectores. Luego, una compañía del Servicio de Transportes Aéreos. Después, los miembros del Servicio Civil, la mayoría de ellos resfriados. Luego, un surtido de americanos, con programas a lo Bob Hope y demás, a pleno rendimiento, día y noche. Pero ahora, por fin, nadie. Esta noche estamos solos. ¿No es maravilloso? Las cuatro últimas personas que nos enviaron con boleta de alojamiento nos dejaron ayer, de modo que esta noche la casa es nuestra. Por ese motivo, tenía tanto interés en que celebrásemos hoy nuestra pequeña fiesta. ¡Y aquí estamos! *(Entra* KENTON *por el primer término izquierda, con una bandeja en la que trae una botella de jerez y unos vasos.)* Gracias, Kenton. He pensado que podríamos tomar un traguito ahora. Es jerez legítimo. Después, iré a cambiarme de ropa. ¿Quiere servir la bebida, señor Cawthra?

SAM.—*(Corrigiéndola.)* Sam.

LADY FARFIELD.—De acuerdo, Sam. No, no se moleste, Kenton. *(Suena urgentemente el teléfono.* KENTON *va a coger el aparato, mientras los demás se agrupan en torno a las bebidas, y* EILEEN *y* HILDA *encienden sendos cigarrillos.)*

KENTON.—*(En el teléfono.)* Farfield Hall..., sí... Voy a ver si su señoría puede hablar con usted... ¿Qué nombre?

LADY FARFIELD.—¿Quién es?

KENTON.—*(Vagamente.)* Una persona desea hablar con su señoría para asuntos oficiales.

LADY FARFIELD.—*(Yendo hacia él.)* ¡Ay, Dios mío!... No me gusta nada esto. *(Cogiendo el teléfono.)* Sí, Lady Farfield al habla... ¡Oh, *no!* ¡Ay, ay, ay!... ¿Por qué? Pues porque esperábamos no

tener que alojar a nadie al menos en este fin de semana... Hemos tenido siempre a «todo el mundo»... No, no; si no puede, ¿qué le vamos a hacer?... Naturalmente. ¿Quiénes son? ¿Dos oficiales de aviación posiblemente? Está bien...

HILDA.—*(Con entusiasmo.)* Pues claro que está bien.

LADY FARFIELD.—¿Que hay alguna duda respecto a ellos?... Sí, comprendo. Esos otros dos son seguros... Nada de mujeres, espero... No hacen más que pedir tazas de té y bolsas de agua caliente... Sí, claro... Ah, un oficial americano. ¿Y quién más? *(Encantada.)* ¿Un servidor? ¿Un «sirviente»? *(Defraudada.)* Ah..., un servidor del Estado... Del Ministerio de Reconstrucción... ¿Esta noche? ¿En cualquier momento?... No, solo que estaba dando una pequeña fiesta para unos amigos... Muy bien, haremos todo lo que podamos... Sí, ya sé; pero las tarjetas de racionamiento no se pueden guisar ni comer, ¿verdad? *(Deja el teléfono y mira a los otros con cómica desesperación.)* Confiemos en que estén tan cansados, que no piensen más que en irse derechos a la cama.

KENTON.—¿Más invitados, milady?

LADY FARFIELD.—Sí. Dos caballeros, con toda seguridad, esta noche.

KENTON.—Muy bien, milady. ¿Debo dar instrucciones para que preparen dos habitaciones en el ala Este para esos caballeros?

LADY FARFIELD.—*(Medio riendo, pero conmovida.)* No, Kenton; procure recordar que no puede dar instrucciones, porque ya no queda nadie para recibirlas.

KENTON.—*(Confuso.)* Lo siento, milady... Había olvidado...

LADY FARFIELD.—*(Dulcemente.)* Lo sé. No tiene importancia. Pero también ha olvidado que no podemos utilizar el ala Este desde hace dos años, desde que fuimos víctimas de aquellos incendiarios. Yo me ocuparé de esas habitaciones.

KENTON.—Muy bien, milady. *(Vase por el primer término izquierda.)*

EILEEN.—Nosotras podemos ayudar a preparar esas habitaciones.

HILDA.—No tiene más que decirnos dónde están.

LADY FARFIELD.—Son muy amables. Acepto su ayuda. Tenía la esperanza de que nos dejarían en paz esta noche, aunque solo fuese por una vez.

HILDA.—¿Cómo será el funcionario del Servicio Civil?

LADY FARFIELD.—Probablemente aburrido, pero inofensivo. Esperemos que se retire a su habitación con un buen libro. En cuanto al oficial americano, puede ser muy agradable...

HILDA.—Ya sé..., como Gary Cooper.

LADY FARFIELD.—Sí, «puede» que lo sea. Pero también puede ser terriblemente aburrido, uno de esos individuos de mentalidad lenta y roma. Por otra parte, también podría resultar demasiado vivo..., ¿comprenden?

SAM.—Yo he conocido tipos así.

HILDA.—*(Con fogosidad.)* ¿Y esos muchachos aviadores que dicen van a enviar?

LADY FARFIELD.—Tal vez envíen a dos oficiales de la Estación Ex-

perimental, pero no es seguro. De modo que no cuente demasiado con ello.

HILDA.—No me importa. Me gustan más los sargentos. No son tan finos y se entiende perfectamente lo que hablan.

LADY FARFIELD.—Bueno, realmente tengo que ir a cambiarme de ropa y a preparar esas habitaciones.

EILEEN.—Nosotras la ayudaremos.

LADY FARFIELD.—Vengan entonces conmigo. Sam: tendrá usted que distraerse como pueda durante unos minutos. Aunque no creo que tarde en llegar Pauline.

SAM.—¿Quién es Pauline?

LADY FARFIELD.—Una muchacha del Ejército Femenino de Tierra. Un poco singular, pero una criatura muy buena realmente. Charle, usted con ella. *(Las tres mujeres desaparecen escaleras arriba, dejando a* SAM *fumando su pipa. El capataz echa una ojeada a su alrededor, ve las cabezas disecadas y su atención queda particularmente prendida en la horripilante cabeza de un búfalo, o algo semejante. Coge una silla para subirse en ella, y examina la cabeza de cerca. Lentamente, alza la mano para tocarle la nariz, siendo este movimiento perfectamente visible para el público. Entre tanto,* PAULINE CHESTER, *con el uniforme del Ejército Femenino de Tierra y cargada con una cesta de hortalizas, etc., hace su entrada en escena. Es una joven más bien bajita, de unos veintitantos años de edad, extraordinariamente atractiva, pero con un aire preciso y didáctico, aunque calmoso, que resulta extraño e incongruente. Al ver lo que se propone hacer* SAM, *se acerca tranquilamente a él, sin que el capataz se percate de su presencia.)*

PAULINE.—Yo que usted no haría eso.

SAM.—*(Sorprendido, se vuelve en la silla.)* ¿El qué?

PAULINE.—Tocarle la nariz. Porque usted iba a tocarle la nariz, ¿verdad?

SAM.—*(Con cierto embarazo.)* Bueno..., la verdad es que... quería tocársela, por curiosidad. No hay en ello ningún mal, ¿no?

PAULINE.—No. Pero yo hice lo mismo cuando llegué aquí. Era un búfalo que mataron en mil novecientos nueve.

SAM.—¿Y qué ocurrió?

PAULINE.—Se me cayó encima todo aquel tinglado y estuvo a punto de asfixiarme. No resisten el menor contacto, ¿sabe? Todo lo de esta casa está muy desvencijado y estropeado. Incluyendo esa silla, naturalmente...

SAM.—*(Con cierta alarma.)* ¿Ah, sí? *(Se baja inmediatamente de la silla. Luego, sonríe a* PAULINE.) Usted es Pauline, ¿verdad?

PAULINE.—Sí. Y usted ¿quién es?

SAM.—Sam Gawthra, capataz del taller de montaje en la fábrica en donde trabaja Lady Farfield.

PAULINE.—Ya. Entonces no está alojado aquí, ¿no es eso?

SAM.—No. Estoy invitado a una pequeña fiesta esta noche.

PAULINE.—Sí, lady Farfield dijo algo con respecto a ello. ¿Puedo ofrecerle algo?

SAM.—Pues beberé con gusto otro trago de esta cerveza que he traído. No me llama la atención el jerez, ni nada de eso.

PAULINE.—Ni a mí tampoco. Beberemos cerveza los dos. Luego, llevaré a la cocina estas hortalizas y estos huevos.

SAM.—¿Huevos, eh?

PAULINE.—Tres. Pero uno de ellos es muy raro. Sinceramente creo que la gallina que lo ha puesto, Red Lizzie, se está volviendo loca.

SAM.—¿Cómo lo sabe?

PAULINE.—Por su comportamiento general. Espero que no tendrá usted hambre.

SAM.—Pues la verdad es que no estoy mal de apetito. ¿Por qué? *(Bebe.)* Anímese. Todo es de lo mejor. *(Bebe, luego contempla a la joven con interés.)* ¿Sabe que me parece usted una personilla bastante seria? ¿Le gusta formar parte del Ejército Femenino de Tierra?

PAULINE.—Hasta que vine aquí, no. Y no porque me importe trabajar, pero detesto a los granjeros. Estuve con tres antes de venir aquí. Los tres me aborrecían y yo aborrecía a los tres.

SAM.—¿Qué tienen de malo?

PAULINE.—*(Sosegadamente.)* Son egoístas, codiciosos, miserables. Una vez terminada la guerra, deberíamos seleccionar a unos cuantos para fusilarlos.

SAM.—*(Espantado.)* ¡Fusilarlos!

PAULINE.—Sí, fusilarlos. Y a unos cuantos de esos gordinflones hombres de negocios. Las cosas serían distintas entonces.

SAM.—Muy distintas, no cabe duda... Pero, ¡caramba!, no se puede fusilar a la gente así como así.

PAULINE.—¿Por qué no? Millares de jóvenes espléndidos, que nunca han hecho daño a nadie, mueren fusilados, ahogados, quemados. ¿Por qué no fusilar a unos cuantos viejos repugnantes, que no hacen más que daño a todo el mundo?

SAM.—Sí, pero hay mucha diferencia entre que los muchachos mueran en la guerra y que se fusile a la gente solo porque no nos guste.

PAULINE.—Yo no veo ninguna, excepto que sería muy beneficioso quitar de en medio a algunos de esos viejos asquerosos, tan rematadamente egoístas, codiciosos y estúpidos.

SAM.—Palabra que es usted una jovencita la mar de sanguinaria. ¿Dónde se ha educado?

PAULINE.—*(Con cierto remilgo.)* El peso de mi educación ha recaído fundamentalmente sobre las espaldas de una tía mía soltera, de Cheltenham.

SAM.—Desde entonces, se ve que ha recorrido usted mucho camino. Yo diría que ahora hay algo de Rusia en su manera de ser.

PAULINE.—*(Tranquilamente.)* Si este país no progresa, me iré a Rusia, si me quieren allí, a trabajar en una granja colectiva.

SAM.—Pero ¿no tiene usted novio?

PAULINE.—No; hasta ahora no me he preocupado de eso. Pero últimamente he estado pensando que tal vez sea hora de que lo busque.

SAM.—Habrá de tener mucho cuidado con usted. Un tropiezo por su parte y ya está usted fusilándole. Esta noche van a venir un par de muchachos, así es que hará bien en echarles una ojeada. Uno de ellos es un oficial americano.

PAULINE.—Los americanos no me atraen. Su actitud con respecto al sexo es extremadamente adolescente.

SAM.—¡Caramba! ¿Hay más componentes del Ejército Femenino de Tierra como usted? Creí que estábamos viendo algo en la fábrica en estos tiempos, pero ahora comprendo que no hemos visto nada.

PAULINE.—¿No estará mostrándose un poquito rudo?

SAM.—No, no señorita, en absoluto. Estaba hablando con toda franqueza, como lo hubiera hecho con un amigo con quien estuviese tomando un vaso de cerveza. No, no, le ruego que no se ofenda.

PAULINE.—Claro que no. Pero no soy un perspicaz y no sé distinguir si la gente se muestra ruda conmigo o simplemente amistosa. Me pareció usted tan buena persona al principio, que me he sentido defraudada. *(Le sonríe.)* Pero ya pasó.

SAM.—Naturalmente. Seamos buenos amigos. *(Se estrechan la mano solemnemente.* HILDA *baja apresuradamente la escalera, llamando a* SAM *cuando llega a los últimos escalones.)*

HILDA.—*(Llamando.)* ¡Míster Cawthra!... ¡Sam!

SAM.—*(Levantándose.)* ¿Qué ocurre?

HILDA.—¿Entiende usted de armar camas..., tuercas y tornillos y todo eso?

SAM.—*(Avanzando.)* Naturalmente. ¿Hago falta ahí arriba?

HILDA.—Sí. En cambio, yo no. Arriba, todo seguido... las oirá hablar. (SAM *sube la escalera y* HILDA *se acerca a* PAULINE.) Usted es Pauline, ¿verdad?

PAULINE.—Sí. ¿Quiere un poco de cerveza?

HILDA.—No; creo que voy a tomar otra copita de ese jerez, si no tiene inconveniente. Me llamo Hilda Packet y trabajo en la fábrica con lady Farfield y Sam. Hemos venido dos chicas con él, porque empezamos a trabajar casi al mismo tiempo que lady Farfield en uno de los talleres de máquinas, y luego pasamos juntas al taller de montaje, de modo que somos una especie de amigas, ¿sabe?... Desde luego, la chica que está arriba, Eileen, y yo somos íntimas amigas. Pero si estas cosas la aburren, dígamelo y me callo.

PAULINE.—Oh, no. Me interesa mucho. Mire, aquí me paso el día en compañía de gallinas, gansos y hortalizas, y no hay modo de sacarles una palabra. Siga hablándome de usted y de Eileen. ¿Dónde viven?

HILDA.—*(Desatada nuevamente su verbosidad.)* Pues estamos alojadas en el mismo sitio, en casa de mistress Batsby. Su marido tenía un garaje, pero eso ha desaparecido y ahora está también en la fábrica, de manera que mistress Batsby tiene que atendernos a tres..., ella y su hermana..., la hermana es más vieja que mistress Batsby..., es una solterona terrible. En cuanto se ha marchado una,

ya está registrando sus cosas... y no le da vergüenza en absoluto. «Se va a morir de frío con esa ropa interior», dice. Y otras veces dice: «Yo no tendría relaciones con ese muchacho cuya fotografía tiene usted. Me refiero a ese cabo. No busca nada bueno, lo puedo asegurar por su cara.» Y yo la contesto: «Pues, si quiere usted saberlo, ese muchacho es mi hermano Herbert, y en lo sucesivo métase en sus cosas, que yo me cuidaré de las mías.» Oh, me pone fuera de mí...

PAULINE.—¿Y era la fotografía de su hermano?

HILDA.—Pues quiso la suerte que sí, que fuese la foto de Herbert. Pero, después de aquello, se la di a Eileen, porque ella y Herbert habían empezado a escribirse. No se han visto nunca, pero yo había hablado de ella a mi hermano, porque Eileen es muy amiga mía, y ella sabe todo lo que hay que saber acerca de él. Y un día me dijo: «Ojalá tuviese un soldado en Africa o en cualquier parte para escribirle.» Porque Eileen es muy tímida y no se preocupa mucho de los chicos; dice que no la interesan, pero ya sabe usted el caso que se puede hacer de eso. De modo que, por pasar el rato, ¿sabe?, le dije: «Pues escribe a mi hermano Herbert; yo puedo poneros en contacto.» Así lo hizo, y mi hermano le contestó, y ahora ya llevan escribiéndose desde hace varios meses. No hacen más que escribir y escribir, aunque sabe Dios qué será lo que se escriban. Yo no comprendo cómo pueden escribirse tanto, cuando no se han visto nunca... ¿Lo comprende usted?

PAULINE.—Sí. Si yo empezase alguna vez a escribirme con un chico, escribiría resmas y resmas de papel.

HILDA.—¿Sobre qué?

PAULINE.—Pues... sobre todas las cosas. Sobre lo que hago aquí..., sobre Horace, el viejo ganso, y Red Lizzie, la gallina loca, y acerca del Ministerio de Agricultura y Reconstrucción, y sobre la revolución que ha de venir.

HILDA.—Ah..., usted es una de esas jóvenes cerebrales, ¿no?

PAULINE.—*(Con firmeza.)* En efecto. Tengo mucho tiempo para pensar mientras trabajo, y he pensado acerca de «todas las cosas».

HILDA.—Supongo que no hay nada malo en ello, si le gusta. A mí no me molesta. Eileen lo intentó una vez, leyó libros y todo eso, y habló con miss Wilson, nuestra oficiala de asistencia social, pero cuando empezó a escribir a mi hermano Herbert, lo dejó todo y se puso a pensar solamente en él, aunque me extraña que pueda seguir pensando en él tanto tiempo, conociendo como conozco a Herbert. Pero, si le ocurriese algo, a Eileen se le partiría el corazón. Apuesto algo a que usted no cree en los corazones partidos, ¿eh?

PAULINE.—En efecto, no creo.

HILDA.—Apuesto algo a que apenas cree en nada, ¿eh?

PAULINE.—*(Con acento reposado y profético.)* Creo en el destino triunfal del Hombre.

HILDA.—¡Cáspita! ¿Es eso todo?

PAULINE.—*(En el mismo tono.)* No; creo en el irresistible progreso del Hombre hacia un mundo sin clases y en paz, lleno de prosperidad y justicia.

HILDA.—¡Caramba! Oiga, ¿qué hombre es ese?

PAULINE.—Simplemente el Hombre. Todos los hombres.

HILDA.—Bueno, pues tendrán que ser muy diferentes de los hombres que yo conozco. De todos modos, tenga cuidado con lo que le dice a Eileen.

PAULINE.—Yo nunca tengo cuidado con lo que le digo a nadie. No creo en esa norma de conducta.

HILDA.—No hace falta que lo diga.

PAULINE.—Pero no heriré sus sentimientos, si es eso lo que quiere decir.

HILDA.—Es usted una joven singular. ¿Habla así con los chicos?

PAULINE.—Desde luego. Solo tengo una manera de hablar. Pero no estoy siempre pensando en los chicos. Me parece que usted sí. Debería usted casarse.

HILDA.—¡No me diga! *(Se oye el ruido producido por la llegada de un automóvil.)* Es un coche. Alguien ha llegado. Vamos a ver. *(Las dos jóvenes se dirigen hacia la ventana del fondo y miran desde la izquierda.)*

PAULINE.—*(Mirando.)* Coche del Ejército americano. Debe de ser el oficial americano que viene a alojarse aquí.

HILDA.—*(Mirando igualmente.)* ¿Cómo será? ¡Oh!... *(Defraudada.)*... Ese que sale debe de ser él. Un poco viejo, ¿verdad? Y con gafas. Oh..., no hay nada que hacer.

PAULINE.—*(Avanzando hacia el primer término.)* Hemos de avisar a Kenton para que se ocupe de él. Yo voy a la cocina a ayudar a Lotta. No estaría de más que viniese también usted.

HILDA.—*(Avanzando también hacia el primer término.)* De acuerdo. Siempre que no sea pelar patatas. *(Suena el timbre de la puerta de la calle, y aparece* KENTON *por la izquierda.)*

PAULINE.—Hay un oficial americano en la puerta, Kenton.

KENTON.—Muchas gracias, señorita. *(Mutis* PAULINE *y* HILDA *por el primer término izquierda.)*

VOZ DE WEBBER.—*(Fuera.)* ¿Es esto Farfield Hall?

KENTON.—Sí, míster. Esta es la mansión de lady Farfield.

VOZ DE WEBBER.—*(Fuera.)* ¡Espléndido! *(Dirigiéndose al conductor.)* «Okey», Joe. Esta es la casa. Venga a recogerme por la mañana. A eso de las nueve menos cuarto. Buenas noches. *(Al entrar* WEBBER *en escena, se oye el ruido de un coche que se aleja. El mayor* GEORGE WEBBER *es un típico americano del Medio Oeste, incoloro, perfectamente rasurado y bastante rollizo. Usa grandes gafas octogonales. Tendrá unos cuarenta y tantos años. Es hombre agradable, de modales lentos y solemnes. Lleva en la mano un equipaje flamante. Entra* WEBBER, *seguido de* KENTON, *que viene cargado con unas maletas.)*

WEBBER.—Soy el mayor Webber... George Webber. Me han enviado aquí del cuartel general.

KENTON.—*(Cortés, resignado.)* Sí, señor.

WEBBER.—*(Encantado por la idea que se le acaba de ocurrir.)* Para mí que..., es usted un mayordomo, ¿verdad?

KENTON.—*(Levemente sorprendido.)* En efecto, señor.

WEBBER.—¡Bien, bien, bien! Ha hecho falta una guerra para que haya conocido a un mayordomo de verdad. ¿Cómo está usted? *(Ofrece la mano a* KENTON, *el cual, tras un instante de vacilación, se la estrecha.)* ¿Cómo se llama usted?

KENTON.—Kenton, señor.

WEBBER.—Pero ¿qué hay delante de ese apellido? ¿Joe, Jack, Sam?

KENTON.—Mi nombre de pila es Frederick.

WEBBER.—¡Espléndido! ¿Le he de llamar Frederick... o simplemente Fred?

KENTON.—Ninguna de las dos cosas, señor, si no tiene inconveniente...

WEBBER.—Vamos, vamos, deje eso. Nada de esas reminiscencias feudales... Yo soy un sencillo demócrata...

KENTON.—*(Con dignidad.)* Señor, cuando estoy de servicio, estoy acostumbrado a que me llamen Kenton. Solamente me llaman Frederick o Fred los parientes cercanos o los viejos amigos. Y, si el señor no se diese por ofendido, me permitiría decirle que, en el caso de insistir en llamarme Frederick o Fred, no solo ignoraría el señor las costumbres de esta y otras mansiones inglesas, sino que también se inmiscuiría en mi vida privada.

WEBBER.—*(Lentamente.)* ¿Comprendo bien lo que está usted diciendo?

KENTON.—*(Mirándole a los ojos, lentamente.)* Creo que sí, señor.

WEBBER.—«Okey», Kenton. *(Mirando a su alrededor.)* Bien, bien, hermosa casa tienen aquí, ¿eh? Una de las mansiones señoriales de Inglaterra.

KENTON.—Sí, señor.

WEBBER.—Me imagino que nadie pensará atender una casa como esta con un negro y un muchacho.

KENTON.—¿Un negro y un muchacho? Desde luego que no, señor. La servidumbre aquí se compone de diez criados en la casa y cinco fuera.

WEBBER.—*(Escandalizado y encantado a la par.)* ¡Diez criados en la casa y cinco fuera! Se nos ha advertido que no hagamos críticas, pero debo decir que no comprendo cómo justifican ustedes semejante derroche de mano de obra en tiempos como los que vivimos.

KENTON.—*(Haciendo caso omiso de la observación.)* Cuando el difunto señor—posteriormente sir Robert—celebró su veintiún aniversario, nos sentamos a la mesa veinticinco sirvientes en la sala de la servidumbre, y trescientos arrendatarios cenaron en los jardines.

WEBBER.—¿Arrendatarios, eh? Todavía subsisten antiguas costumbres feudales, ¿no? Y veinticinco criados en la sala de la servidumbre, ¿verdad? ¿Cuándo ha sido eso? ¿Después de empezar la guerra?

KENTON.—En mil novecientos tres, señor.

WEBBER.—Ah..., ya hace tiempo... Eso es diferente. Sin embargo... *(Mueve la cabeza.)* Diez criados en la casa..., cinco fuera...

KENTON.—*(Orgullosamente.)* Se necesitan tres criados para pulir la plata como es debido.

WEBBER.—*(Moviendo la cabeza.)* Tocando el arpa mientras arde Roma.

KENTON.—*(En el mismo tono.)* Cuando los cazadores se reúnen aquí y se celebra el desayuno de montería...

WEBBER.—¡Desayuno de montería! ¿Quiere usted decir chaquetillas rojas y traíllas de perros?

KENTON.—*(En tono de reproche.)* Podencos, señor, que no perros.

WEBBER.—Perros o podencos, lo que yo creo es que deberían ustedes estar demasiado ocupados en estos días para derrochar tiempo, dinero y obra de mano en conservar esas costumbres feudales. Yo soy un simple americano...

KENTON.—*(Cortésmente, pero con una punta de ironía.)* Sí, señor.

WEBBER.—Y estoy aquí para defender el modo de vivir americano. Soy del Medio Oeste, Kenton..., de Indiana..., y allí somos gente sencilla.

KENTON.—Aquí es diferente, señor. Pero se acostumbrará pronto.

WEBBER.—Ciertamente será muy interesante conocer algunas de las aristocráticas costumbres de su viejo mundo. A mistress Webber le encantará todo esto.

KENTON.—¿A quién le encantará, señor?

WEBBER.—A mistress Webber.

KENTON.—No hay aquí ninguna señora que se llame así.

WEBBER.—Ya sé que no. Pero yo me llamo Webber, y mistress Webber es mi esposa. Ahora, me gustaría ir a mi habitación para lavarme un poco. ¿Dónde está?

KENTON.—*(Un tanto confuso.)* Todavía no estoy completamente seguro, señor. Tendré que enterarme. Di las oportunas instrucciones para que preparasen dos habitaciones en el ala Este, para el señor y otro caballero, pero tengo la impresión, señor, de que ha habido alguna contraorden. Tal vez tendrá el señor la bondad de sentarse mientras me entero.

WEBBER.—Desde luego. *(*WEBBER *se sienta y enciende un cigarrillo, mientras* KENTON *asciende lentamente la escalera. Al cabo de un momento,* LOTTA *se asoma por la puerta de la izquierda, ve a* WEBBER *y entra sonriente.* WEBBER *la ve y, cortésmente, se levanta y se quita el cigarrillo de la boca.)*

LOTTA.—Buenas noches. ¿Cómo está usted?

WEBBER.—Muy bien, gracias. Soy el mayor Webber, y acabo de llegar. El mayordomo me ha dicho que espere aquí mientras hace unas indagaciones con respecto a la habitación que he de ocupar.

LOTTA.—Probablemente se le olvidará volver. Yo soy Lotta Schulberg. ¿Ha conocido usted Viena en los buenos tiempos?

WEBBER.—No; este es mi primer viaje a Europa. ¿Es usted de Viena?

LOTTA.—Sí; solía representar papeles de primer orden en la Volksopera de Viena. Pero fume, por favor. ¿Es un buen cigarrillo americano lo que está fumando?

WEBBER.—*(Sacando un paquete de cigarrillos.)* Desde luego. ¿Quiere uno?

LOTTA.—Muchas gracias. Adoro los cigarrillos americanos, ¿sabe?

WEBBER.—Puede quedarse con el paquete...

LOTTA.—Oh, no... No puedo hacer eso... *(Coge el paquete y se lo guarda en el bolsillo.)*

WEBBER.—*(Cordialmente.)* Me alegro de que los haya aceptado. La señora Webber va a llevarse una buena sorpresa cuando le diga que he conocido a una estrella de la ópera de Viena. ¿Usted también se aloja aquí?

LOTTA.—*(Prendiendo el cigarrillo en la llama del encendedor que le ofrece él.)* Sí, claro; soy la cocinera. La cena estará lista dentro de veinte minutos. Así, pues, hasta la vista. *(Vase* LOTTA *por el primer término izquierda, tarareando alegremente y fumándose el cigarrillo, mientras* WEBBER *la sigue con la mirada, asombrado. No ha hecho más que volver a sentarse cuando* SAM, *fumando su pipa, en mangas de camisa y con una llave inglesa en la mano, desciende casi hasta el pie de la escalera y llama.)*

SAM.—¡Eh!

WEBBER.—*(Volviéndose sorprendido.)* ¿Es a mí?

SAM.—Sí. Lamento que haya tenido que esperar, pero esas camas de hierro estaban hechas un lío infernal y acabo de separarlas. Ahora ya no tardaré mucho en armarlas. Ahí tiene cerveza si quiere echar un trago.

WEBBER.—No, ahora no. De todos modos, muchas gracias.

SAM.—¿No tendrá inconveniente en abrir la puerta si viene el otro señor? Es que he echado mano del mayordomo para que me ayude.

WEBBER.—*(Perplejo, pero con buena voluntad.)* Con mucho gusto, aunque acabo de llegar y no conozco las costumbres. Oiga, ¿es usted otro mayordomo?

SAM.—*(Espantado.)* ¿Yo? Yo soy el capataz del taller de montaje en la fábrica de aviones. ¡Mayordomo! (SAM *desaparece escaleras arriba, dejando a* WEBBER *totalmente desconcertado. Antes que este se haya recobrado de su sorpresa, entra* PAULINE *vivamente.)*

PAULINE.—¿Cómo está usted? Usted es Lebber o Webber, ¿no?

WEBBER.—Webber.

PAULINE.—Lotta no estaba segura. Soy Pauline Chester, miembro del Ejército Femenino de Tierra, destinada a esta finca.

WEBBER.—*(Estrechándole la mano.)* ¡Espléndido! He oído hablar de la magnífica labor que están desarrollando ustedes.

PAULINE.—*(Con gran vivacidad.)* Inglaterra produce ahora los dos tercios de los alimentos que necesita. Se han labrado seis millones de acres más. La producción agrícola por cabeza es ahora probablemente la más elevada del mundo. Después de la revolu-

ción, cuando hayamos colectivizado la agricultura, será aún más elevada.

WEBBER.—*(Esforzándose por mantenerse a la altura de las circunstancias.)* Pero ¿van a tener ustedes una revolución?

PAULINE.—*(Serenamente.)* Desde luego. Si llega pronto, será pacífica. Si esperamos mucho, entonces será repentina, violenta..., y sangrienta. Lo cual me tiene sin cuidado. *(Hace un movimiento, como si se dispusiese a dirigirse hacia la escalera.)*

WEBBER.—Espere un momento, miss Chester...

PAULINE.—Llámeme Pauline, si quiere. Todo el mundo me llama Pauline.

WEBBER.—«Okey». Pauline, pues...

PAULINE.—*(Alzando un dedo.)* Pero nada de pláticas reaccionarias. Nada de Wall Street.

WEBBER.—*(Exasperado, pero sin acritud.)* Oiga, un momento. ¿Qué me dice de sus quince criados?

PAULINE.—¿Quince criados?

WEBBER.—Sí. Diez en la casa y cinco fuera... Tres para pulir la plata...

PAULINE.—¿En dónde?

WEBBER.—¿Dónde va a ser? Aquí mismo.

PAULINE.—Aquí no hay ningún criado. *(Sonriéndole serenamente.)* Discúlpeme. (PAULINE *sube rápidamente la escalera. Aún no se ha recuperado* WEBBER *de este nuevo choque, cuando suena fuertemente el timbre de la puerta de la calle. Tras un instante de vacilación, se dirige hacia la puerta de la calle, al fondo, y la abre, dando paso a* RAYMOND KILLIGREW, *quien entra dando traspiés bajo el peso de un embarazoso y viejo equipaje que lleva entre los brazos, incluidos dos estuches de violín, maletines, etc.* KILLIGREW *es hombre de unos cincuenta y tantos años de edad, descuidadamente vestido, con aspecto de erudito y un tanto excéntrico. Anda con paso rápido e intermitente. Deja caer el equipaje al suelo y sale en busca de otra carga, hablando rápida y vigorosamente sin cesar. Su segundo cargamento se compone de partituras para cuarteto de cuerda, atadas en diversos paquetes.)*

KILLIGREW.—Farfield Hall, ¿verdad? He tenido suerte, mucha suerte. Un granjero de la localidad me ha traído en su coche, de otro modo no hubiese llegado aquí en varias horas. Un individuo interesante, a su modo. Me ha proporcionado cierta información muy útil. No sabía que estuviese aquí el Ejército americano. Pero no hay motivo para que no estuviese, naturalmente. ¡Ay que ver lo que pesan estas cosas! Partituras para cuarteto. Las llevo conmigo a todas partes. Bueno, bueno, ya estamos aquí. *(Enciende su pipa y mira en torno a sí con animación.)* Desordenado... y un poco sucio... Evidentemente está esto un poco abandonado... Pero, probablemente, posee excelentes propiedades acústicas. Me llamo Killigrew.

WEBBER.—Soy el mayor Webber.

KILLIGREW.—¿Cómo está usted? ¿Tiene boleta de alojamiento aquí?

WEBBER.—Sí. Pero acabo de llegar. Ese es mi equipaje. Oiga... no me es posible cogerle el aire a esto en absoluto.

KILLIGREW.—¿Nuevo en el país tal vez?

WEBBER.—Sí. He llegado la semana pasada. Pero, como estaba diciendo, no consigo cogerle el aire a esto...

KILLIGREW.—*(Interrumpiéndole sin miramientos.)* No tardará en acostumbrarse. No se preocupe. ¿Toca el violín o el violoncelo?

WEBBER.—*(Sorprendido.)* No.

KILLIGREW.—¡Qué lástima! Nunca pierdo la esperanza de formar un cuarteto de cuerda. Por eso llevo siempre conmigo las partituras. Ese granjero me ha facilitado un nombre que tal vez sirva..., tengo el número del teléfono en alguna parte...

WEBBER.—*(Mientras* KILLIGREW *se registra los bolsillos.)* Hay una cantante de ópera en la cocina.

KILLIGREW.—Pues déjela allí. Detesto la ópera. Tonterías histéricas, en su mayor parte. ¡Ah!, aquí está. ¿Hay teléfono en la casa? Sí, ya lo veo. *(Se dirige inmediatamente hacia el lugar en que se halla instalado el aparato, consultando el número.)* Oiga... Fassington, dos, cinco, tres, por favor... Sí... Muy bien...

WEBBER.—*(Mientras* KILLIGREW *espera.)* No sabía que diesen boleta de alojamiento a los civiles en este país.

KILLIGREW.—Desde luego. Hemos alojado así a millones de personas..., obreros de la industria de guerra, miembros del Ejército Femenino de Tierra, funcionarios públicos... Yo soy funcionario público. Ministerio de Reconstrucción. Un nuevo Ministerio. Antes estuve en el Ministerio de Comercio.

WEBBER.—¿Es eso cierto, míster Killigrew? ¿Qué hacía usted allí?

KILLIGREW.—Cancelar cosas. Millares de negocios...

WEBBER.—*(Sobrecogido.)* ¿Cancelar cosas?

KILLIGREW.—Sí, millares de negocios. *(Hablando por teléfono.)* ¿Es el señor... Bramley?... Bien, me llamo Killigrew y estoy alojado en Farfield Hall... Me han dicho que tiene usted dos hijas que tocan la viola y el violoncelo, respectivamente, y yo tengo mucho interés en formar un cuarteto de cuerda... Ah, están... ¿Las dos? Sí, buenas chicas, pero eso no me sirve. ¿Conoce usted a alguien de por aquí me toque el violín? Muy bien, muchas gracias... *(A* WEBBER.) Ha ido a preguntar a su mujer. Las dos hijas están en el Servicio Naval Femenino. ¿De qué estábamos hablando?

WEBBER.—Me estaba diciendo que está usted en ese nuevo Ministerio de Reconstrucción. Y eso me interesa mucho, míster Killigrew. Dígame, ¿qué piensan hacer ustedes?

KILLIGREW.—Todavía no lo sabemos. Existen dos escuelas de pensamiento. Una de ellas aconseja: «Adelante. Realizad un esfuerzo de paz, lo mismo que nosotros realizamos un esfuerzo de guerra.» La otra escuela de pensamiento, si a eso puede llamársele pensamiento... *(Hablando por teléfono.)* Sí..., sí... Pero ¿qué

edad tiene?... ¿Ochenta?... Me temo que no... ¿Fraser?... Cornland, tres, cuatro, ¿no?... ¿Cuál es el otro nombre?... Henniman... No está en la guía..., comprendo... Bueno, muchísimas gracias. Adiós. *(Deja el aparato y vuelve a encender su pipa.)* Probaré ese número más tarde. El otro individuo no está en la guía, y no creen que haya tocado desde hace años. Pero nunca se sabe. ¿Qué estaba usted preguntándome?

WEBBER.—Esa otra escuela de pensamiento, según las denomina usted... Ya sabe, acerca de la Reconstrucción.

KILLIGREW.—¡Ah, sí!... Bueno, su brillante idea consiste en retrotraer todo a donde estaba antes de la guerra.

WEBBER.—¿Y pueden hacer eso?

KILLIGREW.—Mi querido señor, mire usted, aquí tenemos unos huevos revueltos en una sartén, y aquí, al lado, están los cascarones vacíos y rotos. Todo lo que piden los de esa escuela de pensamiento es que saquemos los huevos de la sartén y los volvamos a colocar limpiamente en sus respectivos cascarones. Y ya puestos a ello, lo mismo podrían pedirnos que volviésemos a meter los huevos en las respectivas gallinas.

WEBBER.—La verdad es, míster Killigrew, que no responde usted a la idea que me había hecho de un funcionario público inglés.

KILLIGREW.—¿Por qué? ¿Demasiado bajo, demasiado alto, demasiado viejo, demasiado joven, demasiado grueso, demasiado flaco..., el qué?

WEBBER.—Pues... me había figurado que sería un hombre parsimonioso y pomposo. Pero usted piensa y habla muy de prisa..., más bien como un hombre de negocios.

KILLIGREW.—*(Horrorizado.)* ¡Un hombre de negocios! ¡Santo cielo! *(Mira a su alrededor.)* ¿Dónde está todo el mundo? Tenemos que ocuparnos de nuestras habitaciones. *(Entra* HILDA *de la cocina, con algunas cosas para la mesa: pan, etc.* KILLIGREW *la ve.)* Ah... Buenas noches, señorita. Soy míster Killigrew. Me han dado boleta de alojamiento aquí. ¿Dónde están los demás? ¿Qué hay de nuestras habitaciones? ¿Qué ocurre?

HILDA.—*(Tajante, pero sin mal humor.)* ¿Que qué ocurre? Mire, después de trabajar toda la semana como una negra, vengo a pasar aquí la noche y de pronto me encuentro ayudando a preparar la cena. *(A* WEBBER.*)* Oiga, ¿quién es usted?

WEBBER.—*(Un tanto sobresaltado.)* ¿Yo?... Bueno, ¿qué cree usted que soy?

HILDA.—Nunca soy capaz de decir lo que son ustedes los americanos por lo que llevan encima. Una noche salí con uno de sus muchachos y le pedí que me lo dijese, pero no podía concentrar la imaginación en ello.

WEBBER.—*(Riendo.)* No me extraña. Nuestros muchachos pierden un poco la cabeza cuando están en compañía de una muchacha bonita.

HILDA.—*(Directamente, sin coquetería.)* ¿Diría usted que yo soy bonita?

WEBBER.—Ciertamente que sí. Soy el mayor Webber, de la Sección de Inspección del Departamento de Guerra de los Estados Unidos.

HILDA.—¡Ah!..., inspeccionando, ¿eh? Ya me parecía usted un poco viejo para ser un verdadero soldado. *(A* KILLIGREW, *que está olfateando curiosamente la botella de jerez.)* ¿Por qué la olfatea? ¿Quiere una copita?

KILLIGREW.—¿Qué se supone que contiene?

HILDA.—Vino de Jerez.

KILLIGREW.—Muy singular.

HILDA.—¿Quiere un poco?

KILLIGREW.—No, gracias.

WEBBER.—Tengo una botella de «whisky» escocés en mi maleta, míster Killigrew, y será un placer que tome conmigo un vaso cuando la saque.

KILLIGREW.—Encantado.

HILDA.—Bueno, pero no vayan a bebérsela toda entre los dos, porque se supone que va a haber aquí una pequeña fiesta para celebrar...

KILLIGREW.—¿Qué van a celebrar?

HILDA.—Lady Farfield, la dueña de esta casa, ¿sabe?, trabaja con nosotros en la fábrica, y la han ascendido a encargada.

WEBBER.—*(Atónito.)* ¿Encargada?

HILDA.—Sí, encargada, y no prematuramente, desde luego. Tenía usted que haber visto algunas de las encargadas que hemos tenido, especialmente en el taller de maquinaria. Algunas no sabían cuál era su mano derecha.

WEBBER.—*(Con grave perplejidad.)* No cojo el aire de esto ni aunque me aspen. Creí que lady Farfield sería un miembro de sus antiguas clases privilegiadas...

HILDA.—Si la hubiese visto usted hace media hora, después de haber limpiado su motocicleta, con su viejo «mono» manchado, habría creído que era Jack el Negro recién salido del depósito de calderas. La cena estará lista dentro de unos minutos. Será mejor que vayan a lavarse. *(Vase* HILDA *en dirección a la cocina.)*

WEBBER.—*(Perplejo.)* Míster Killigrew, todo esto es nuevo para mí. ¿Haría usted el favor de orientarme respecto a lo que sucede aquí?

KILLIGREW.—*(Sorprendido por la perplejidad del otro.)* Yo no veo nada especial. Van a celebrar una pequeña fiesta con motivo de no sé qué, y eso es todo. Estamos en sábado por la noche, ¿sabe? No crea que van a permanecer de pie hasta muy tarde o que van a hacer demasiado ruido..., de modo que yo que usted no me preocuparía.

WEBBER.—*(Con desesperación.)* No, no; no me ha comprendido. ¿Qué me dice de ese mayordo... y de los tres hombres dedicados a limpiar la plata... y del desayuno de montería...?

KILLIGREW.—¿Desayuno de montería? Eso no es posible, mi querido amigo. Sea razonable. Nos daremos por muy satisfechos si

desayunamos, simplemente. Hace meses que no saco una ración de tocino. Siempre me dirijo al lugar donde no es. Ah..., aquí llega. *(Dice esto al ver que* LADY FARFIELD *desciende hasta el pie de la escalera.* LADY FARFIELD *está adecuadamente vestida y ahora se aprecia que es una mujer muy hermosa. Detrás de ella bajan* EILEEN *y* SAM, PAULINE *y* KENTON.) ¿Lady Farfield?

LADY FARFIELD.—*(Sonriente.)* Sí. Siento mucho que hayan tenido que esperar.

KILLIGREW.—No faltaba más. Confío que no le habremos causado excesivas molestias, llegando aquí tan de improviso. Me llamo Killigrew. Le presento al mayor Webber.

LADY FARFIELD.—*(Estrechándoles la mano.)* ¿Cómo están ustedes?

WEBBER.—*(Que aún no se ha recuperado plenamente.)* Encantado de conocerla, lady Farfield. Considero un verdadero privilegio hallarme en su hermosa mansión.

LADY FARFIELD.—Me temo que no tiene ahora nada de hermosa, pero en tiempos sí lo ha sido, en efecto.

WEBBER.—Seguro que siente nostalgia de aquellos tiempos, ¿verdad?

LADY FARFIELD.—Rara veces. Eran mucho más confortables, desde luego, pero a menudo resultaban muy tediosos. Y ahora, sea como fuere, no nos aburrimos, ciertamente. Bueno, permítanme que les presente a todos ustedes. El mayor Webber y míster Killigrew..., miss Eileen Stocks y míster San Cawthra, que trabajan conmigo en la fábrica..., miss Pauline Cherter, nuestro miembro del Ejército Femenino de Tierra. A Kenton ya le conocen. Ahora, vamos a subir todas estas cosas para que estén dispuestos a la hora de la cena. (KILLIGREW *y* WEBBER *cogen algunas de sus cosas, y* SAM *y* KENTON *cogen el resto.)*

EILEEN.—¿Qué puedo hacer yo?

LADY FARFIELD.—Si tiene deseos de hacer algo, puede ir a la cocina para ayudar a Lotta. Creo que Hilda está allí. Pauline puede ayudarme a terminar de poner la mesa.

EILEEN.—*(Disponiéndose a salir.)* Ojalá supiese cocinar.

LADY FARFIELD.—Puede aprender.

EILEEN.—Me gustaría mucho. Debe de ser terrible casarse y no saber guisar. *(Vase* EILEEN *a la cocina.* LADY FARFIELD *y* PAULINE *terminan de poner la mesa.)*

LADY FARFIELD.—La pobre Eileen tiene el pensamiento puesto en el matrimonio... a causa del hermano de Hilda, quien ni siquiera la ha visto todavía.

PAULINE.—*(Tranquila y claramente.)* Yo creo que voy a casarme con alguien.

LADY FARFIELD.—*(Divertida.)* ¿Quiere decir... con cualquiera?

PAULINE.—Oh, no. Eso sería estúpido, naturalmente. En realidad, elegiré a mi prometido muy cuidadosamente.

LADY FARFIELD.—¿Todavía no lo ha encontrado?

PAULINE.—No. Lo único que he hecho ha sido decidirme a buscarlo.

LADY FARFIELD.—Yo diría que es preferible enamorarse primero.

PAULINE.—No veo por qué no ha de casarse una antes, cuando todavía se tienen claras las ideas y se sabe lo que se hace, y enamorarse después del marido. ¿No le molestará que le haga una pregunta?

LADY FARFIELD.—No, Pauline.

PAULINE.—Bueno..., sé que perdió usted a su esposo..., sir Michael se llamaba, ¿no?..., después de comenzar la guerra. Pero usted no habla nunca de él. ¿Estaba muy enamorada de su marido?

LADY FARFIELD.—No. Le apreciaba mucho, naturalmente. En general, fuimos felices en nuestro matrimonio. Pero él era más viejo que yo..., y..., bueno, antes de casarme con él, había habido un hombre en mi vida, de quien estuve enamorada... solo que regañamos de manera estúpida... y me casé con sir Michael. Tuve más suerte de la que merecía, pero la verdad es que no es una buena idea eso de casarse con un hombre sólo porque se ha regañado con otro. No lo haga nunca, Pauline.

PAULINE.—No lo haría de ningún modo, puede estar segura. Creo que me casaría con el que estuviese enfadada, y luego me desquitaría.

LADY FARFIELD.—Tal vez luego no lo desease.

PAULINE.—En tal caso, mucho mejor, pues realmente no creo en la eficacia del desquite. Tampoco creo en la sensatez de disputar con las personas a quienes quiero.

LADY FARFIELD.—¿Y quién cree en ello? Pero cuando una se halla en un estado de ánimo altamente emocional, y se encuentra muy excitada con respecto a una persona, entonces es fácil disputar. Espere un poco, querida, y ya me lo dirá. No siempre estará tan serena, tranquila y sosegada.

PAULINE.—No siempre he sido así. Pero cuando resolví ingresar en el Ejército Femenino de Tierra y entregarme a la buena tierra y a los animales y a las hortalizas, resolví al mismo tiempo mostrarme siempre serena, tranquila y «firme»... *(Suena el teléfono.)*

LADY FARFIELD.—¡Ay, Dios mío! ¿Quién será ahora?

PAULINE.—Si no contesta a la llamada, será indiferente que sea uno u otro. *(Entra* HILDA *con una fuente de algo; por ejemplo, ensalada u hortalizas.)*

HILDA.—El teléfono.

LADY FARFIELD.—Estamos dudando si contestar o no.

PAULINE.—Yo digo que no.

HILDA.—*(Escandalizada.)* ¡Oooh! Pero hay que contestar a las llamadas telefónicas... Si yo tuviese teléfono, jamás me atrevería a no contestar.

LADY FARFIELD.—*(Yendo a coger el aparato.)* Estoy de acuerdo con usted, Hilda. Sencillamente «exige» que se le responda. *(En el teléfono.)* Sí..., al habla... ¿Quién?... Oh, ¿es ella?... De un momento

a otro, ¿eh? Muy bien, gracias. *(Deja el aparato y contempla a las dos jóvenes.)* ¡Qué contrariedad! «La comodoro Pentworthy está en camino de su casa. Presenta sus excusas por haberse retrasado. Pero llegará ahí de un momento a otro.» Había olvidado por completo que venía a cenar esta noche. ¡Ay, Dios mío!

PAULINE.—¿Es aquella terrible mujer con uniforme que estuvo aquí una vez, y con la cual tuve aquella bronca?

LADY FARFIELD.—La misma. Pero esta noche, Pauline, no tiene que haber ninguna bronca.

HILDA.—Es la primera vez que oigo que una mujer sea comodoro.

LADY FARFIELD.—Phyllis Pentworthy es prima de mi difunto esposo, y hace años organizó una misteriosa y pequeña banda llamada British Ladies Auxiliary Defence Squadron, también conocida por la *Blads*.

HILDA.—¿Y qué hacen?

LADY FARFIELD.—Nunca he podido saberlo. Lo único que sé es que llevan uniforme y se saludan militarmente entre sí. Pero se consideran tan veteranas, importantes y exclusivas, que no ha sido posible fusionarlas con la WAAF (1) o el WRENS (2).

PAULINE.—En mi opinión, están un poco majaretas.

LADY FARFIELD.—Ocupan una terrible mansión llamada Brindlewell Priory, a unas veinte millas de aquí. Phyllis Pentworthy es su jefa, y se denomina a sí misma comodoro, aunque nadie sabe por qué.

PAULINE.—Es una furibunda reaccionaria.

LADY FARFIELD.—En realidad, no. Es idiota, sencillamente. Pero, sea lo que fuere, ahora se dirige hacia aquí... y tendremos que poner al mal tiempo buena cara.

PAULINE.—He de advertirle una cosa, lady Farfield. Alguien me ha dicho que las expulsan a todas de Brindlewell Priory, y probablemente esa comodoro estará buscando que les den alojamiento aquí...

LADY FARFIELD.—*(Alarmada.)* ¡Oh, no! No diga eso. Lo insinuó el otro día por teléfono, y yo le respondí que esta casa no reunía condiciones. Exageré mucho sus defectos.

HILDA.—*(Dirigiéndose hacia la cocina.)* Pues esta vez tendremos que exagerar aún más.

PAULINE.—Es imposible decir nada a ese comodoro femenino. Es una mujer-globo tallada en sólido marfil.

LADY FARFIELD.—*(Examinando la mesa.)* Bueno, no vamos a esperar por ella.

PAULINE.—Deberíamos descorchar esta botella de vino.

LADY FARFIELD.—Kenton lo hará. Será un placer para él. ¡Tie-

(1) Women's Auxiliary Air Force, es decir, Fuerza Aérea Auxiliar Femenina. *(N. del T.)*

(2) Women's Royal Naval Service, es decir, Servicio Femenino de la Armada Real. *(N. del T.)*

ne tan pocas oportunidades el pobrecillo, en estos días, de demostrar sus habilidades! ¿Estará lista Lotta? *(Avanza hacia el primer término, más cerca de la cocina, y llama.)* ¡Lotta! ¡Lotta! *(Vuelve* HILDA, *dejando abierta la puerta a sus espaldas, cargada con más cosas.)*

HILDA.—Ya está dispuesta. Está sirviendo el estofado.

LADY FARFIELD.—Estoy segura de que en ese estofado habrá de todo, menos el calor del horno.

HILDA.—También tiene un poco de eso. La señorita Lotta me ha estado contando cosas de su compañía de ópera en Viena. Algunas chifladuras de la gente. Cuando se lo cuente a mi madre y a Herbert, no van a creer una sola palabra. *(Entra* LOTTA, *trayendo triunfalmente una gran fuente de estofado.)*

LOTTA.—La cena está lista. Se trata de una nueva clase de estofado..., con trocitos del conejo de ayer y de esa carne de cerdo americana..., remolacha y col...

LADY FARFIELD.—Huele bien, Lotta.

LOTTA.—Sí, huele mejor que sabe.

HILDA.—Es por las habas. Las ha tenido cerca de bolas de naftalina. *(Entra* KENTON, *procedente de la cocina, con un «gong» enorme y un mazo, seguido de* EILEEN.)

PAULINE.—Kenton va a disfrutar ahora de lo lindo. Esta noche puede subir con eso a las habitaciones de arriba, Kenton.

LADY FARFIELD.—Y después, haga el favor de echar las cortinas de todas las ventanas, Kenton.

KENTON.—Sí, milady. ¿Puedo tocar el «gong» ahora, milady?

LADY FARFIELD.—Sí, estamos dispuestos. *(Con gran pompa,* KENTON *hace sonar el «gong», y después sube con él a las habitaciones superiores.)*

HILDA.—*(Elevando la voz por encima del ruido del «gong».)* Eso es avisar.

LADY FARFIELD.—Puede empezar a servir, Lotta. Encenderemos la luz aquí. Pauline y Hilda, ¿quieren hacer el favor de echar las cortinas? (LADY FARFIELD *enciende las luces, mientras* PAULINE *y* HILDA *echan las cortinas, en el fondo de la escena.* EILEEN *y* LOTTA *están sirvienlo los platos. Se oye fuera el ruido producido por la llegada de un automóvil.)*

HILDA.—*(Desde las ventanas en donde están echando las cortinas.)* Ha llegado un coche.

LADY FARFIELD.—Será la comodoro.

EILEEN.—¿Quién?

PAULINE.—*(Sombría.)* Ya verá. *(Suena el timbre de la puerta de la calle.)* Yo iré. (PAULINE *va a abrir, en efecto, y precede a la comodoro* PHYLLIS PENTWORTHY, *mujer de edad mediana y aspecto resuelto, enfundada en un impresionante uniforme, que sugiere la idea de un general en alguna exótica guerra revolucionaria. Tiene ua voz áspera e intermitente y modales bruscos, marciales, agresivos.)*

COMODORO PENTWORTHY.—*(Entrando a grandes zancadas.)* ¡Hola, Frances! Siento llegar un poco tarde.

LADY FARFIELD.—No, no; llegas a tiempo.

COMODORO PENTWORTHY.—La verdad es que ha sido una suerte que haya podido venir siquiera. Tenemos que trasladar el cuartel general. Todavía no estamos seguras de cuál será nuestro nuevo alojamiento. Tuve que dejar el número del teléfono a mi ayudanta de campo, aunque es una perfecta «estúpida». Creo que conozco a algunas de las personas aquí presentes, ¿no?

PAULINE.—*(Con intención.)* Ya nos hemos encontrado en otra ocasión.

COMODORO PENTWORTHY.—¿Sí?

LADY FARFIELD.—Ya conoces a Lotta también. Te presento a Eileen Stocks y a Hilda Packet. Trabajan conmigo en la fábrica.

COMODORO PENTWORTHY.—¿Cómo están ustedes?

LADY FARFIELD.—Toma un trago, Phyllis, ¿quieres?

COMODORO PENTWORTHY.—Gracias. No me vendrá mal un traguito. (SAM *ha bajado la escalera.)*

LADY FARFIELD.—Míster Cawthra, nuestro capataz..., la comodoro Pentworthy.

COMODORO PENTWORTHY.—¿Cómo está usted?

SAM.—*(Examinándola de pies a cabeza.)* Regular nada más. Conque comodoro, ¿eh? Eso es nuevo para mí. ¿Cómo..., cómo es su regimiento?

COMODORO PENTWORTHY.—*(Brevemente.)* Soy comodoro de los *Blads.* (LADY FARFIELD, *que ha estado llenando un vaso de jerez, se lo ofrece a la comodoro.)*

SAM.—*(Sorprendido.)* ¿Muchachos? ¿Qué muchachos? ¿Quiere usted decir que es algo así como las Brigadas de Muchachos? (1).

COMODORO PENTWORTHY.—Nada de eso. He dicho *Blads.* Son las siglas de British Ladies Auxiliary Defence Squadron. La organización femenina más antigua de los servicios de defensa.

SAM.—¿Sí? ¿Y qué hacen ustedes?

COMODORO PENTWORTHY.—Bueno, en realidad ahora solo somos cuartel general. Naturalmente, hay que realizar un intenso y espinoso trabajo administrativo. No está mal este jerez, Frances.

LADY FARFIELD.—Me alegro mucho. ¿Quieres otro vaso?

COMODORO PENTWORTHY.—Lo que se dice un traguito.

SAM.—El oficial y el funcionario público bajan en seguida.

COMODORO PENTWORTHY.—¿De qué oficial habla usted?

LADY FARFIELD.—Es uno de nuestros dos nuevos alojados... Ha llegado esta noche. Americano.

COMODORO PENTWORTHY.—*(Desentendiéndose con un ademán despectivo de todos los Estados Unidos en bloque.)* Oh..., americano.

---

(1) Juego de palabras intraducible, basado en la similar pronunciación de *blads*, siglas de la organización encabezada por Pentworthy, y el vocablo inglés *lads*, muchachos. Similitud que origina la confusión de Sam. *(N. del T.)*

SAM.—*(Con burlesca ansiedad.)* Pues los americanos no están mal, ¿verdad?

COMODORO PENTWORTHY.—No están mal en su casa. Oye, Frances, ¿cuántas habitaciones tienes aquí? Seguramente docenas...

LADY FARFIELD.—Sí, Phyllis, pero están imposibles. No se han utilizado desde hace años. Y la mayoría no podrá utilizarse durante años enteros.

COMODORO PENTWORTHY.—Posiblemente no, de acuerdo con las exigencias de la vida civil. Pero mis muchachas están acostumbradas a las penalidades.

LADY FARFIELD.—*(Alarmada.)* Vamos, vamos, Phyllis. No puedes meter aquí a tu ejército... Sencillamente, no pienses en ello.

PAULINE.—*(En voz alta.)* Toda un ala del edificio ha quedado inutilizada por los incendiarios.

LADY FARFIELD.—Ah, sí. No sirve para nada.

COMODORO PENTWORTHY.—Me gustaría verlo por mí misma. ¿Te importa que eche una ojeada por ahí luego?

LADY FARFIELD.—Sí me importa. Sencillamente, no sueñes con trasladarte aquí con tus muchachas... ¡Ah, aquí están! (WEBBER *y* KILLIGREW, *que se han aseado y han tomado un trago, llegan en este momento, seguidos por* KENTON. WEBBER *trae una botella de «whisky» descorchada.)*

WEBBER.—Le ruego nos disculpe si hemos tardado un poco.

LADY FARFIELD.—Oh, llegan a tiempo. Phyllis, te presento al mayor Webber.

WEBBER.—Encantado de conocerla.

LADY FARFIELD.—Míster Killigrew. La comodoro Pentworthy.

KILLIGREW.—¿Cómo está usted?

LADY FARFIELD.—Cuando ustedes gusten, podemos sentarnos. La cena se está enfriando. ¿Quiere sentarse a la cabecera de la mesa, Sam? A continuación, míster Killigrew, la comodoro y el mayor Webber.

WEBBER.—Tiene usted un espléndido uniforme. Supongo que será de la WAAF.

COMODORO PENTWORTHY.—Pues supone usted mal. British Ladies Defence Squadron... Organización mucho más antigua que la WAAF y que la WRENS. Con un nivel de eficiencia muy superior, además.

PAULINE.—¿De eficiencia en qué? *(Se sientan todos a la mesa.)*

LADY FARFIELD.—Hilda, ¿quiere servir la ensalada, por favor? Pauline, pase el pan. Ah, Kenton, ¿quiere descorchar esa botella de vino?

KENTON.—Sí, milady. (KENTON *coge la botella y la descorcha en el fondo de la escena.)*

WEBBER.—*(Hospitalariamente.)* Aquí hay un «whisky» escocés excelente, si alguien lo prefiere. ¿Qué dice usted..., ejem..., comodoro?

COMODORO PENTWORTHY.—Prefiero un vaso de vino, gracias.

WEBBER.—¿Lady Farfield?

LADY FARFIELD.—No, muchas gracias. Pero estoy segura de que al señor Killigrew sí le gustaría un traguito.

KILLIGREW.—Ya he bebido antes, pero no diré que no. ¿Alguna de sus muchachas toca el violín, comodoro?

COMODORO PENTWORTHY.—Que yo sepa, no. No soy partidaria de estimular esas cosas. Ejercicios físicos. Instrucción para que saluden con marcialidad. Aire libre y ocupación permanente.

PAULINE.—¿En qué se ocupan?

LADY FARFIELD.—Espero que sabrán disculpar este estofado. Me parece... un poco..., mezclado.

LOTTA.—*(Al borde de las lágrimas.)* Es terrible. Uno de los peores que he hecho.

PAULINE.—Lo peor fueron aquellas croquetas de pescado de lata. Algunas veces, por la noche, todavía me repiten.

LOTTA.—Querida, aquello fue simplemente una «idea» desafortunada. ¿Es usted músico, míster Killigrew?

KILLIGREW.—Toco el violín, siempre que tengo oportunidad. Fundamentalmente me interesan los cuartetos.

LOTTA.—*(Alegremente.)* Maravilloso... Después de la cena, yo puedo cantar el vals de «Fledermaus», y usted puede improvisar un «obbligato» con su violín.

KILLIGREW.—Me temo que eso no es de mi gusto.

LOTTA.—*(Defraudada.)* ¡Oh!...

PAULINE.—Pero, aun cuando a usted no le guste, tal vez al resto de nosotros sí nos agrade, y seguramente no tendrá inconveniente en realizar un pequeño sacrificio para complacer a los demás.

KILLIGREW.—*(Que encaja el golpe.)* Me está diciendo que soy un viejo egoísta y presuntuoso, ¿no?

LADY FARFIELD.—*(Apresuradamente.)* Oh, no; estoy segura de que no es eso.

KILLIGREW.—Sí, sí lo es. Y tiene razón, porque lo soy. Pero recuerde usted, señora, que no dispongo de mucho tiempo para mí mismo. Desde hace cuatro años, estoy trabajando doce y a veces catorce horas diarias..., sin pagas extraordinarias, no lo olvide, sin horas extraordinarias, sin cantinas ni raciones extraordinarias..., guerra relámpago, oscurecimiento y todo lo demás. Sin embargo, como se trata de una fiesta lo que estamos celebrando, tocaré todo lo que me pidan ustedes.

WEBBER.—*(Solemnemente.)* Míster Killigrew, considero que su actitud es verdaderamente magnífica.

COMODORO PENTWORTHY.—*(Con voz vigorosa y tono retador.)* La mayoría de esas obreras de las fábricas están viviendo tan bien, que van a sentirlo mucho cuando se acabe la guerra.

SAM.—Eso solo es cierto con respecto a unas pocas. Las demás están lejos de sus maridos y novios, y tienen tantos deseos como usted de que la guerra se acabe..., quizá más deseos que usted.

LADY FARFIELD.—Y no es cierto que vivan tan bien. Tienen que levantarse de noche, caminar tal vez muchas millas, trabajar después todo el día en un taller de máquinas, regresar a casa de noche, demasiado cansadas para hacer nada..., y así un mes tras otro, un año tras otro, lejos de sus esposos, tal vez lejos de sus hijos...

realizando una labor dura y monótona, viviendo frecuentemente con personas que no desearían tenerlas en su casa... No creo que eso sea vivir bien.

HILDA.—Y si lo es, entonces tendrá que confesar que no lo están pasando tan mal en Dartmoor.

COMODORO PENTWORTHY.—Sí. Pero la mayoría de esas obreras no tienen nada de patriotas. Me consta.

SAM.—Quizá no lo sean en el sentido que usted le da a esa palabra..., banderitas al viento..., todo eso del rey y la patria..., elegantes actividades de las clases superiores. Pero siempre han deseado ver a este país abrirse camino. Después de Dunquerque, yo las he visto trabajar hasta caer agotadas en los bancos...

WEBBER.—Eso es lo que nos dijeron en América. Y, desde luego, es magnífico..., sí, «señor», realmente magnífico. Eso, y la Batalla de Inglaterra, y los bombardeos de Londres. Lo oíamos por radio todas las noches.

KILLIGREW.—Yo prefiero la guerra relámpago a tener que escuchar la radio todas las noches. Y conste que estoy de incursiones aéreas hasta la coronilla. Sin ánimo de baladronear, debo decir que probablemente soy el único hombre de la historia que ha salido volando de su silla mientras practicaba la partitura del segundo violín en el primer movimiento del opus ciento treinta y dos, en A-menor, para cuarteto, de Beethoven.

LOTTA.—*(Indicando súbitamente a* KILLIGREW *y lanzando una estridente carcajada.)* Claro..., ahora lo comprendo..., usted es realmente un cómico..., un chusco.

KILLIGREW.—¡Santo cielo! (KENTON *ha ido en torno a la mesa, sirviendo vino a los invitados que lo han deseado y que no estaban bebiendo «whisky» o cerveza. Ha habido también cierto movimiento de platos, etc., levantándose, de cuando en cuando, de la mesa, quizá* LOTTA *o* PAULINE *o* HILDA.)

COMODORO PENTWORTHY.—¿Hace mucho que está en Inglaterra, mayor Webber?

WEBBER.—No. He llegado hace unos días.

COMODORO PENTWORTHY.—¿Sí? ¿Y qué le parece esto?

WEBBER.—Pues... me parece que han realizado ustedes una gran labor, aunque, naturalmente, todavía no he cogido el aire al ambiente. Unas veces me imagino que siguen viviendo ustedes como antes, y otras..., pues..., llego a pensar que están efectuando una especie de revolución.

COMODORO PENTWORTHY.—*(Escandalizada.)* ¡Revolución! Nada de eso. Estamos simplemente haciendo cuanto podemos en beneficio de la causa nacional. Nos vestimos de uniforme..., obedecemos órdenes... y así sucesivamente. Nada de revolución. No se vislumbra el menor signo de eso, ¿verdad, señor Killigrew?

KILLIGREW.—¡Palabras, palabras, palabras! Depende de lo que usted entienda por revolución. Sugiero que dejemos ese tema.

WEBBER.—¿Ha estado alguna vez en América, comodoro?

COMODORO PENTWORTHY.—Sí, en una ocasión. Y no me gustó.

WEBBER.—¡Oh! ¿Por qué?

COMODORO PENTWORTHY.—No me gusta que los taxistas me llamen «hermana»...

WEBBER.—Ah..., bueno..., pero no quieren decir realmente nada con eso...

COMODORO PENTWORTHY.—Ya me imagino que no querían decir nada con eso. Pero no me gustó. Además, hacía demasiado calor en los hoteles y en las casas, los camareros eran muy ineficientes, y no había copas para los huevos. Por si faltaba algo, nunca me limpiaban los zapatos.

WEBBER.—*(Cortés, pero molesto.)* Oiga..., mire usted...

LADY FARFIELD.—*(Interviniendo rápidamente.)* Mayor Webber, le ruego que no tome en consideración lo que dice miss..., la comodoro Pentworthy. Y tú, Phyllis, procura no hablar de ese modo. Recuerda que se trata de una fiesta muy especial...

HILDA.—Sam desea decir algo. Adelante, no olvide que lo prometió.

SAM.—*(Levantándose lentamente.)* Bien..., ejem..., amigos... Cuando supe que íbamos a venir de la fábrica algunos de nosotros, me comprometí a decir unas palabras..., en realidad a proponer un brindis..., para celebrar la ocasión. Ya saben que estamos aquí esta noche para celebrar el ascenso de lady Farfield. Acaban de nombrarla encargada, como saben. Tal vez no les parezca mucho a algunos de ustedes, pero nosotros pensamos que se ha portado muy bien..., y voy a decirles por qué. Tengan en cuenta que les hablo como operario muy antiguo que soy, y que llevo en la industria muchísimo tiempo. Pero lady Farfield no había estado nunca allí, naturalmente. Aquello era tan extraño para ella como sería para mí tener que tejer un par de calcetines..., en realidad, era mucho peor para ella, porque yo podría haber practicado en casa en privado. Bien, lady Farfield empezó en el taller de máquinas, lo mismo que las demás... Sí, y tuvo que realizar muchas faenas sucias y todo, porque hay allí algunas que se desviven por fastidiar al prójimo todo lo que pueden, ¿comprenden?

EILEEN.—*(Con inesperada vehemencia.)* Así es. ¡Las muy asquerosas!

COMODORO PENTWORTHY.—*(Lanzándole una rápida mirada.)* ¿Cómo ha dicho?

PAULINE.—*(Con voz fuerte y clara.)* Ha dicho «asquerosas». Y con mucha razón.

SAM.—*(Con acento de afable reproche:)* Pero, bueno, ¿quién está hablando..., yo o ustedes? La cuestión es que lady Farfield trabajó de firme hasta llegar al taller de montaje, que es el mejor que tenemos en la fábrica, y ahora ha sido ascendida a encargada. De modo que propongo un brindis a su salud. *(Alza* SAM *su vaso, y los otros, excepto* LADY FARFIELD, *se levantan y alzan los suyos, murmurando las frases usuales en tales casos. Al volver todos a sen-*

tarse, aplauden especialmente las jóvenes. Súbitamente, LOTTA *estalla en ruidosos sollozos.)*

LOTTA.—*(En medio de sus sollozos.)* Lo siento mucho..., pero es que esto me recuerda..., los..., los..., antiguos tiempos..., ¡oh!... *(Vase* LOTTA *corriendo a la cocina, sin dejar de sollozar.)*

PAULINE.—Nunca he conocido a nadie que recuerde tanto como Lotta.

LADY FARFIELD.—¡Pobrecilla!

SAM.—Bueno, queremos que nos hable usted, lady Farfield. *(Exclamaciones de «Sí, sí, que hable», «Adelante», etc.)*

LADY FARFIELD.—*(Poniéndose en pie.)* Oh..., muy bien..., hablaré. Muchas gracias, Sam, por sus palabras. Y a todos ustedes por su simpatía. Realmente estoy muy orgullosa... y muy agradecida. No siempre he estado a gusto en la fábrica...

HILDA.—No me extraña, naturalmente.

LADY FARFIELD.—No todas las personas que trabajan allí son como ustedes tres. ¡Mala suerte! He de confesar que, aunque al principio solo fui impulsada por el acuciante deseo de hacer algo útil, ahora me alegro mucho de haber ido. He conocido y he trabado amistad con personas a quienes no habría conocido de otro modo. He comprendido muchas cosas, cosas importantes, que antes ni siquiera había empezado a comprender. Ahora puedo enfrentarme adecuadamente con el futuro, con la debida predisposición de ánimo. Ahora tengo la convicción de que, con mis modestas fuerzas, puedo ayudar, y no entorpecer, el desarrollo de la nueva Inglaterra que la mayoría de nosotros deseamos. Eso es todo. *(Los circunstantes aplauden mientras se sienta* LADY FARFIELD.)

KILLIGREW.—Un discurso admirable, lady Farfield, permítame decirlo.

WEBBER.—¡Estupendo! Me gustaría enviar una copia a mistress Webber.

LADY FARFIELD.—Pues no la tengo. He dicho lo primero que se me ha ocurrido.

COMODORO PENTWORTHY.—Y yo debo decir, Frances, que no estoy de acuerdo contigo.

LADY FARFIELD.—¿Respecto a qué?

COMODORO PENTWORTHY.—Una mujer de tu posición social podría haber encontrado algo más importante y útil que trabajar en una fábrica. Recuerda mi sugerencia de que ingresases en los Blads.

LADY FARFIELD.—No, Phyllis, no creo que hubiese podido hacer nada más útil...

COMODORO PENTWORTHY.—¡Tonterías! ¡Una mujer de tu educación! Cualquier muchacha medio tonta puede manejar esas máquinas...

HILDA.—¡Eh, oiga! Cuidado con lo que dice...

WEBBER.—Bueno, yo he visto algo de la producción en masa en mi país, y me figuro lo que quiere dar a entender la comodoro. Miren...

SAM.—*(Interrumpiéndole.)* Un momento, un momento. Nadie irá a decirme que lady Farfield hubiera sido más útil fanfarroneando por ahí vestida de uniforme, jugando a los soldaditos con faldas...

COMODORO PENTWORTHY.—*(Tronitonante.)* ¿Quién habla de jugar a los soldaditos con faldas?

SAM.—*(Que no se intimida.)* Yo. Lo que más falta nos hacía para esta guerra era producir aeroplanos, tanques, cañones y otras armas, y todo eso lo han producido las máquinas. Si los uniformes hubiesen podido vencer a Hitler, entonces los polacos y los franceses le habrían batido antes que nosotros entrásemos en liza. Pero hacían falta armas, y máquinas que las hiciesen, y gente que manejase esas máquinas.

WEBBER.—En efecto...; pero no todo el mundo puede...

HILDA.—*(Interrumpiéndole.)* No, no; Sam tiene razón.

PAULINE.—*(Rápidamente.)* Y aun cuando no la tuviese, «ella» está equivocada.

LADY FARFIELD.—*(Apresuradamente.)* Vamos, Pauline, cállese.

KILLIGREW.—Mas, aunque pueda necesitarse la producción en primer lugar, ha de emplearse adecuadamente la mano de obra, y una mujer que...

COMODORO PENTWORTHY.—*(Interrumpiéndole, vigorosamente.)* Y yo afirmo, Frances, que una mujer de tu experiencia y formación social podría haber empleado mejor sus cualilades. De lo contrario, ¿para qué sirven la experiencia y la formación sociales?

PAULINE.—*(Viva y rudamente.)* Eso digo yo: ¿para qué sirven?

HILDA.—Conozco chicas del ATS y la WAAF (1) que se pasan la mitad de la vida sentadas...

KILLIGREW.—No se trata de eso, señorita. Haga el favor de no salirse del tema.

WEBBER.—Eso es. El problema de la utilización de la mano de obra. No es posible introducir un vástago cuadrangular en un agujero redondo.

COMODORO PENTWORTHY.—Exacto. ¿Y por qué introducir un vástago cuadrangular en un agujero redondo?

PAULINE.—¿Y por qué introducir ningún vástago en ningún agujero en absoluto?

COMODORO PENTWORTHY.—*(Aplastantemente.)* Estamos tratando de hablar seriamente, si no tiene inconveniente.

SAM.—*(Interviniendo a su vez.)* Bueno, volviendo a mi razonamiento...

WEBBER.—*(Interrumpiéndole.)* No, no. Usted ya ha razonado bastante...

LADY FARFIELD.—*(Interviniendo.)* La verdad es que eso no importa realmente...

---

(1) Auxiliary Territorial Service y Women's Auxiliary Air Force, respectivamente. *(N. del T.)*

KILLIGREW.—*(Interviniendo a su vez.)* Si hemos de argumentar, debemos hacerlo como es debido. Yo sostengo que...

COMODORO PENTWORTHY.—Si tuviesen ustedes la bondad de no interrumpirme durante unos momentos...

EILEEN.—*(Elevando la voz por encima de todas las demás.)* ¡Oh!... ¡Por favor, cállense!

COMODORO PENTWORTHY.—*(Ofendida.)* ¡Usted perdone!

EILEEN.—*(Valientemente.)* Oh..., no me refería especialmente a usted. Me refería a todos en general. Estamos empezando a disputar ruidosamnte, eso es todo. Y no vale la pena.

COMODORO PENTWORTHY.—*(Con ánimo de aplastarla.)* ¿Usted cree?

EILEEN.—*(Sin sentirse aplastada en absoluto.)* Sí, creo. *(Suena el teléfono.* KENTON *emerge del fondo de la escena.)*

KENTON.—¿Cojo el teléfono, milady?

LADY FARFIELD.—*(Levantándose.)* No; voy yo. Y ustedes no tendrán más remedio que callarse un momento. Es muy difícil oír nada cuando se habla. *(En el teléfono.)* Sí..., al habla... Ah, ¿son ellos?... ¿Han cenado?... Me alegro, porque aquí no ha quedado mucho... Sí, comprendo. Muy bien, gracias. *(Deja el aparato y se dirige a los otros.)* Esos dos aviadores se dirigen en estos momentos hacia aquí. Supongo que serán los mismos de que hablaron antes, aunque esa señorita no me ha dicho nada.

HILDA.—¡Hurra!

LADY FARFIELD.—Vienen del extranjero. Habremos de apresurarnos. Algunos de nosotros tendremos que ocuparnos de prepararles las habitaciones. Será preferible que nos dediquemos a ello Pauline, Sam y yo. Mayor Webber y míster Killigrew: ustedes dos será mejor que pasen al salón. Nos reuniremos con ustedes allí más tarde... Tal vez tengamos un poco de música y también de baile.

HILDA.—Eso está bien.

LADY FARFIELD.—Phyllis, tú no necesitas hacer nada, naturalmente.

COMODORO PENTWORTHY.—*(Con firmeza.)* Me gustaría dar una vuelta por la casa otra vez, Frances. Quiero ver qué acomodo realmente tienes para...

LADY FARFIELD.—Hazlo si ese es tu deseo, pero no sueñes con colocarme aquí a ninguna de tus muchachas. Y ahora, Eileen, Hilda, ¿quieren ayudar a Kenton a recoger la mesa... y echar una mano a Lotta con la vajilla? Espero que Lotta ya se habrá recuperado. Realmente debemos mostrarnos amables y cordiales... aunque solo sea por esos muchachos. *(Mutis* KENTON *por el primer término izquierda, con una bandeja.* HILDA *le sigue con otra.)*

SAM.—Vamos, Pauline. A luchar de nuevo con el mobiliario... *(Suben ambos la escalera en compañía de* LADY FARFIELD. EILEEN *continúa levantando la mesa, pero dejando en ella las botellas y algunos vasos.* WEBBER *enciende un cigarro puro y* KILLIGREW *su pipa.*

Los dos se han retirado ya de la mesa. La comodoro enciende un cigarrillo y se une a ellos.)

COMODORO PENTWORTHY.—*(A los dos hombres.)* Vengan ustedes, yo les indicaré dónde está el salón. Por aquí. Me convendría empezar por el piso bajo. Tengo el cuartel general en Brindlewell Priory, pero nos desalojan de allí el próximo fin de semana. Una terrible contrariedad. Síganme. *(Vange por la puerta del primer término derecha. Vuelve a entrar* HILDA, *con una bandeja.)*

HILDA.—*(Mientras recoge la mesa.)* Cuando salió con eso de que las máquinas las pueden atender chicas medio tontas, le habría dado de buena gana un par de bofetadas en esa caraza gordiflona y estúpida que tiene.

EILEEN.—*(Recogiendo la mesa.)* Sin embargo, no negarás que algunas de nuestras chicas son medio tontas, Hilda.

HILDA.—Está bien. Pero apuesto cualquier cosa a que no son peores que alguna de estas... vestidas como porteros de librea. *(Imita el continente hierático y pomposo de uno de estos.)* Y eso es lo que debería estar haciendo... con ese uniforme.

EILEEN.—*(Tímidamente sentimental.)* ¿Qué estará haciendo esta noche tu hermano, Hilda?

HILDA.—Pues escribiéndote una carta, seguro. ¡Y pensar que mi madre no ha podido nunca sacarle más de diez palabras seguidas! Ni siquiera aquella vez que ganó cuatro libras y cinco chelines en las carreras de galgos se lo contó a mi madre como era debido.

EILEEN.—A mí me ha contado todo lo que ocurrió aquella noche.

HILDA.—No me extraña.

EILEEN.—Ojalá le hubiese enviado la otra fotografía..., ya sabes, esa en que estoy de medio perfil. Es mucho más bonita.

HILDA.—Sí, pero en la otra estás más parecida.

EILEEN.—No digas eso, Hilda. ¡Estoy tan preocupada por lo que pensará cuando me vea!

HILDA.—No te preocupes. Conozco a Herbert. Tiene que pensar que eres maravillosa, después de gastar tanto papel y lápiz como ha gastado escribiéndote. Nunca le ha gustado desperdiciar nada.

EILEEN.—*(Indignada.)* Herbert no tiene nada de tacaño.

HILDA.—Yo no he dicho que lo sea, aunque no puedo decir que haya dado nunca mucho a su hermanita. Lo que yo quisiera saber ahora es cómo serán esos aviadores.

EILEEN.—A mí me tienen sin cuidado.

HILDA.—Naturalmente, porque tú ya tienes a nuestro Herbert. Pero a mí no me vendría mal recibir las atenciones de la Fuerza Aérea, aunque solo fuese para cambiar un poco. ¿Serán de los nuestros, como aquellos sargentos que fueron a la fábrica aquella vez? ¿O serán como aquellos oficiales que fueron en otra ocasión..., aquellos tan relamidos, te acuerdas? *(Los imita.)* Entornaban los párpados, se acariciaban el bigotito y decían... «¡Mágico..., verdaderamente mágico!» Pero cuando creían que no los oíamos, en-

tonces se decían bajito: «Mal asunto, muchacho.» *(Ambas jóvenes se van a la cocina, dejando entreabierta la puerta; a través de la cual se oye música, cantar a* LOTTA, *risas. Ruido de un automóvil que llega. Timbrazo. Aparece* KENTON *lentamente, abre la puerta de la calle y da paso a dos oficiales de la R. A. F. El primero, capitán de grupo* EDWARD CAMYON, *D. S. O.* (1), *es un hombre apuesto, de la misma edad, aproximadamente, que* LADY FARFIELD. *El segundo, jefe de escuadrilla* TONY ACTON, *D. F. C.* (2), *es más joven y fogoso, y usa uno de esos bigotitos a que ha aludido* HILDA *poco antes. Ambos están tostados por el sol, como si acabasen de llegar de tierras exóticas. Llevan unas maletas.)*

CAMYON.—Creo que habrán recibido un mensaje de la Estación Experimental de la R. A. F. respecto a nosotros.

KENTON.—Sí, señor. Recibimos un mensaje, y su señoría les espera, caballeros. Informaré inmediatamente a su señoría de su llegada. Esta noche tenemos..., ejem..., varios invitados.

TONY.—Sí, parece que hay una verdadera fiesta.

KENTON.—Sí, señor. En ocasiones, celebramos grandes fiestas aquí en Farfield Hall. Orquestas, bailes, canciones. A veces, precisamos los servicios de doce camareros de fuera, además de nuestra propia servidumbre de diez criados. Sí, señor; grandes fiestas. Voy a informar a su señoría. *(Desaparece* KENTON *escaleras arriba. En ese momento, llega de la cocina un estallido de música, canciones y risas. Después de prestar atención a esto,* CAMYON *se vuelve indignado a* TONY.)

CAMYON.—*(Iracundo.)* ¿Qué le dije?

TONY.—Sí, señor, mal asunto. ¿Cómo va ese dolor de cabeza, señor?

CAMYON.—Regular. Bueno, ya ve cómo están en casa, ¡eh! Y ya vio anoche en la ciudad, en aquel repelente «club» nocturno adonde se empeñó usted que fuésemos...

TONY.—Me causó muy mala impresión, señor.

CAMYON.—Está bien. Aquello fue bastante malo. Pero venimos aquí, ¿y qué ocurre? Esta Lady Fulanita de Tal y Cual no tiene nada mejor que hacer que organizar una fiesta. ¿No los oye? Escuche, escuche. Y ese necio de mayordomo dice que siempre están dando fiestas de estas. ¡Orquestas! Una docena de camareros de fuera. Diez criados en la casa. ¡Rayos y centellas, Acton, me hierve la sangre! Para los muchachos que han ido a Berlín y que no han regresado, nunca ha habido orquestas ni camareros. Y nuestros compañeros de Italia y del Medio Oriente y de la India... preguntándose llenos de preocupación cómo estarán aquí en casa, deseando volver, mientras algunas de estas gentes..., mujeres ricas, estúpidas, frívolas...

---

(1) Distinguished Service Order, es decir, Orden de Servicios Distinguidos. *(N. del T.)*

(2) Distinguished Flying Cross, es decir, Cruz del Mérito Aéreo. *(N. del T.)*

TONY.—Estoy de completo acuerdo con usted, señor. ¡Mal asunto! Y no es que no me guste una fiesta...

CAMYON.—Naturalmente, naturalmente. Yo tampoco tengo ninguna objeción que oponer a que la gente se divierta un poco cuando se lo ha ganado. Pero esto es una vergüenza. Estas mujeres carecen de imaginación, de sentido común, de decoro. No se dan cuenta de lo que está sucediendo en el mundo. Ni siquiera les importa. He estado cuatro años fuera de este país y esto es lo que me encuentro al volver. ¡Fiestas! ¡Extravagancia! ¡Filas de criados! ¡Insensible idiotez!

TONY.—Sí, señor; no presenta buen aspecto la cuestión. Yo también lo veo muy mal, señor. Pero, a juzgar por lo que he oído creo que este es un caso excepcional.

CAMYON.—Lo dudo, Acton. Pero, excepcional o no, es una verdadera vergüenza. Casi me dan ganas de decirle a esta estúpida mujer..., ¿cómo se llama?..., Lady Farfield..., Farfield..., o lo que sea..., casi me dan ganas de decirle lo que pienso de ella y marcharme después de su casa.

TONY.—No le estaría mal empleado, señor. Pero ¿adónde iríamos?

CAMYON.—*(Irritado.)* ¿Qué importa eso?

TONY.—No hay una sola cama en millas a la redonda, según nos dijeron en la estación, señor.

CAMYON.—*(Iracundo.)* Supongo que todo estará lleno de orquestas de baile y camareros y lánguidas lagartas. Bueno, supongo que podremos soportar las necias cabriolas de esta gente por una noche, pero no estoy dispuesto...

TONY.—*(Apresuradamente.)* Alguien viene, señor. *(Seguida de* PAULINE, LADY FARFIELD *desciende la escalera.)*

LADY FARFIELD.—*(Avanzando al encuentro de los recién llegados.)* Buenas noches. Siento mucho haberles hecho esperar, pero estaba... *(Reconoce en ese momento al capitán* CAMYON.) ¡Edward!

CAMYON.—*(Profundamente sorprendido.)* ¡«Frances»! Pero ¿eres «tú» Lady Farfield?

LADY FARFIELD.—Sí. ¿No lo sabías?

CAMYON.—*(Amargamente.)* No, aunque debería haberlo sabido, tenía que haberlo adivinado.

LADY FARFIELD.—*(Molesta por su tono.)* ¿Qué diablos quieres decir?

CAMYON.—*(Con voz tonante, encolerizado.)* Tenía que haber supuesto, después de haber estado fuera durante años y encontrarme al volver con un lugar como este, en donde la gente todavía puede celebrar fiestas todas las noches, y derrochar el dinero a manos llenas, y hacerse servir por batallones de criados, y comportarse en general como una pandilla de imbéciles insensibles, tenía que haber supuesto, digo, que alguien como tú estaría mezclado en ello...

LADY FARFIELD.—*(Interrumpiéndole furiosa.)* ¡Un momento, un momento! No sé de qué estás hablando, y no creo que tú tampoco

lo sepas, Edward Camyon. Pero he de decirte que eres el hombre más pomposo, terco e insoportable que he conocido en mi vida... Y que durante años enteros he estado esperando una oportunidad para hacer esto.

CAMYON.—*(Agresivamente.)* ¿El qué?

LADY FARFIELD.—*(Avanzando hacia él.)* «¡Esto!» (LADY FARFIELD *le propina una sonora bofetada y se le queda mirando fieramente, echando llamas por los ojos.* CAMYON *permanece inmóvil, paralizado por el asombro.* PAULINE *suelta una regocijada risita.)*

TONY.—*(En una especie de aturdido murmullo.)* ¡Mal asunto, muchachos! ¡Mal asunto! *(La música y la voz de* LOTTA, *en la cocina, suben magníficamente de tono, mientras cae el telón.)*

ACTO SEGUNDO

Al levantarse el telón, LOTTA está disponiendo algunas bebidas—el «whisky» del mayor WEBBER, la cerveza, un jarro de limonada y otro de un líquido siniestramente rojizo—y varios vasos en la mesa del centro o en la mesita auxiliar. El mayor WEBBER está ayudándola bonachonamente, y, en el momento de iniciarse la acción, puede estar alargándole alguna bebida o algunos vasos. A lo lejos, se oye música de baile.

LOTTA.—Muchas gracias, mayor Webber. Pero siga contando esa historia, por favor. ¡Resulta tan interesante esa vida americana de los negocios!

WEBBER.—Bueno, entonces les dije: «Caballeros, deben ustedes tener en cuenta que se hallan ante una de las instalaciones de envasado más importantes del este de Chicago, y también que estamos produciendo más limpiaparabrisas y otros accesorios de automóvil que cualquier otra ciudad del Estado, y que...»

LOTTA.—*(A quien realmente aburre esta conversación.)* Sí, debe de ser una vida maravillosa. Tan opulenta, tan interesante, tan... «¡vigorosa!»

WEBBER.—Pues, en efecto, lo es... en cierto modo...

LOTTA.—Mas no para una mujer. No, no, no. *(Sonriéndole.)* Y, después de todo, yo soy mujer.

WEBBER.—¡Seguro! Bueno, entonces les dije: «Otra cuestión que me gustaría tuviesen ustedes en cuenta, caballeros..., y conste que no me propongo enseñarles nada acerca de las condiciones del negocio en general, pero yo soy un hombre de inmobiliarias y esta es mi ciudad natal..., sí, señores...»

LOTTA.—Un momento, por favor. Usted no me ha oído cantar como es debido todavía, naturalmente, aunque me ha oído un poquito. ¿Le gusta mi modo de cantar?

WEBBER.—Muchísimo. De modo que les dije: «Ahora bien, caballeros...»

LOTTA.—*(Interrumpiéndole.)* Este vestido... no vale nada, desde luego..., es para la cocina. Pero, aún así, es bastante bonito, ¿verdad?

WEBBER.—Muchísimo. De manera que les dije: «Y no olviden otra cosa, caballeros. Esta ciudad está produciendo un mejor y más variado surtido de aseguradores de acero patentados que ningún otro lugar situado entre Pittsburgh y Kansas City...»

LOTTA.—*(Interrumpiéndole.)* No, no.

WEBBER.—¿Cómo que no? Precisamente eso es lo que estamos haciendo. Estamos produciendo un mejor y más variado...

LOTTA.—*(Interrumpiéndole.)* No; quiero decir... ¡Oh!, no lo comprendería. Pero me alegro mucho de que tengan tantos aseguradores de acero... (HILDA *se asoma por la puerta que da acceso al salón.)*

HILDA.—¡Eh, mayor Webber! Creí que tenía usted ganas de bailar...

WEBBER.—Estoy deseándolo.

HILDA.—Entonces, venga. (HILDA *se retira.* WEBBER *se vuelve hacia* LOTTA.)

WEBBER.—¿Viene usted?

LOTTA.—No, gracias. Ahora no.

WEBBER.—Entonces la veré más tarde. Discúlpeme. *(Sale* WEBBER *por la puerta que da al salón.* LOTTA *echa una última ojeada a la forma en que han quedado dispuestas las bedidas, se sienta y suspira, obviamente aburrida y un poco melancólica. Al cabo de unos instantes,* SAM *desciende la escalera, fumando gustosamente su pipa.)*

LOTTA.—Míster Cawthra..., esta fiesta nuestra, ¿dónde está? ¿Qué ha sucedido con ella?

SAM.—Parece ser que ha terminado antes de haber empezado como es debido. Aunque no me quejo. Yo estoy perfectamente.

LOTTA.—Pues yo no. Me siento... muy defraudada... y bastante triste. ¿Y los dos aviadores?

SAM.—Después que ese capitán de grupo recibió la bofetada, salió disparado para su habitación y dijo que no saldría de allí No quiere tener nada que ver con este jolgorio y demás. Y ordenó a ese joven jefe de escuadrilla que se quedase también en su cuarto y no se mezclase con nosotros. De modo que hemos perdido el apoyo de la aviación.

LOTTA.—Pero ¿por qué no viene lady Farfield y lo arregla todo y hace feliz a todo el mundo?

SAM.—Porque, tan pronto como le cruzó la cara a su antiguo amigo, corrió a encerrarse con llave en su habitación para llorar a sus anchas.

LOTTA.—*(Pensativa.)* ¡No me diga! Se conocían de antes de la guerra. Y ahora, cuando vuelven a verse, ella le abofetea y corre a llorar a su cuarto... Creo que debe de seguir enamorada de él, al menos un poquito.

SAM.—*(Secamente.)* Supongo que si le hubiese dejado sin sentido y luego hubiese gritado hasta echar abajo la casa, usted diría que le amaba apasionadamente, ¿no?

LOTTA.—*(Gravemente.)* Desde luego.

SAM.—¡El sexo débil!

LOTTA.—*(Tiernamente reminiscente.)* Recuerdo a uno de mis enamorados..., ¡oh, cómo adoraba a aquel hombre!... Era nuestro primer barítono... Siempre que le veía, me daban ganas de cogerle y golpearle y arrancarle el pelo a puñados. Algunas veces, así lo hacía, y entonces él me retorcía los brazos hasta hacerme

gritar. *(Soñadoramente.)* Fue maravilloso... el amor en la primavera y en Viena..., ¡maravilloso!

SAM.—Muy bien, si estaban bien entrenados para ello. En fin, eso es todo cuanto puedo decir acerca de esta fiesta, excepto que ese general-almirante con faldas está todavía arriba haciendo una lista de las habitaciones.

LOTTA.—No me importa nada esa mujer. Toda ella es un error.

SAM.—Sí, aunque si alguna vez se retirase con una pensión, podría hacer un buen listero.

LOTTA.—*(Haciendo caso omiso de esto, con decisión.)* Sin embargo, todo es un error en todos nosotros.

SAM.—Yo no veo nada erróneo en usted.

LOTTA.—Sí, sí, todo es un error. ¡Esta ropa! Cuando todavía tengo unos cuantos vestidos preciosos. Y todas estas chicas... También ellas deberían llevar bonitos vestidos femeninos..., románticos, seductores, hechiceros..., y entonces esos hombres no se portarían tan mal..., ya lo vería usted.

SAM.—Que yo sepa, esos hombres no se han portado tan mal, a menos que vaya usted a censurar a ese capitán por haber puesto la mejilla en la trayectoria de la mano de lady Farfield. *(Entran* HILDA *y* EILEEN *por la puerta de la derecha, con cierto aire de aburrimiento. Ha cesado la música de baile.)*

HILDA.—Bueno, la verdad es que esta fiesta está resultando la mar de aburrida. Ya estoy harta de bailar con ese oficial americano. No haces más que saltar sobre su guerrera, como si fueses una de sus medallas. ¿Qué hay para beber?

LOTTA.—Varias cosas. Pero... *(Indica un líquido de color rojo negruzco que hay en una jarra.)* yo no tocaría eso. Había dos botellas de la farmacia, se les habían caído las etiquetas, y yo creo que he utilizado la que no debía.

EILEEN.—*(Olfateándolo.)* A mí me huele a linimento.

LOTTA.—Si eso es linimento, entonces Kenton se ha estado frotando la espalda con jugo de grosellas.

HILDA.—Daremos a la comodoro Pentworthy un buen vaso de esto. Ya es algo interesante, pero deberíamos buscar más ideas.

LOTTA.—*(Con acento impresionante.)* Tengo una buena idea. Pero antes he de hablar con lady Farfield. *(Entran* KILLIGREW *y* PAULINE *por el primer término derecha, enfrascados en íntima conversación.)*

KILLIGREW.—*(Concluyendo obviamente un relato de sus tribulaciones.)* Así, pues, ¿qué puede hacer uno?

PAULINE.—*(Sosegadamente.)* Fusilar a unos cuantos.

KILLIGREW.—*(Seriamente.)* La idea es atrayente... Pero, aparte de que eso podría provocar alguna interpelación en la Cámara de los Comunes, mi departamento carece de autoridad y de maquinaria para fusilar a la gente. Sería necesario encomendárselo al Ministerio de Seguridad Interior y al Ministerio de la Guerra.

PAULINE.—Entonces seleccionen a cincuenta de los peores de

esos granujas gordinflones y envíenlos a construir carreteras a los páramos más fríos.

KILLIGREW.—En ese caso, sería preciso llegar a un acuerdo con el Ministerio de Obras Públicas o el de Planificación. O con alguna de las autoridades locales..., y ya sabe usted cómo son. Pero me está resultando usted una jovencita muy fogosa, ¿no?

PAULINE.—Sí. Y ya va siendo hora de que alguien lo sea.

KILLIGREW.—Se sentirá usted mejor cuando tenga marido y uno o dos niños.

PAULINE.—Cuando tenga uno o dos niños, seré «todavía más fogosa». *(Entra* LADY FARFIELD, *que está muy pálida y parece hondamente deprimida. Baja cautelosamente la escalera, dispuesta evidentemente a retirarse tan pronto como vea a* CAMYON. *Cuando comprueba que el capitán no se halla allí, avanza bajo la mirada de los otros.)*

LADY FARFIELD.—*(Casi susurrando.)* ¿Está el capitán..., todavía..., en su habitación?

SAM.—Que yo sepa, sí.

LADY FARFIELD.—Fui una tonta perdiendo de aquel modo la serenidad. ¡Y después de tanto tiempo! ¡Pobre Edward! Con lo digno de aprecio que es...

SAM.—Pues está en su habitación, y le oí ordenar a ese jefe de escuadrilla que se quedase también en la suya.

PAULINE.—*(Indignada.)* Entonces es un cerdo. Ese jefe de escuadrilla tenía un aspecto celestial. Y, a menos que esté firmemente encadenado a otra, había resuelto apropiármelo.

SAM.—Pues tendrá que espabilar. Le oí gritar al capitán que lo primero que harán por la mañana será marcharse...

LADY FARFIELD.—*(Molesta.)* Entonces no siento en absoluto lo que he hecho. Extraer conclusiones estúpidas y encerrarse luego en su concha de ese modo... Me gustaría ponerlo realmente en ridículo...

LOTTA.—*(Llamándola aparte.)* ¡Frances!

LADY FARFIELD.—*(Acercándose a ella.)* ¿Qué ocurre, Lotta?

LOTTA.—*(Confidencialmente.)* Me parece que ese es el hombre de quien me habló usted en cierta ocasión..., su primer amor, ¿verdad?

LADY FARFIELD.—*(En el mismo tono.)* En efecto.

LOTTA.—Estaban enamorados, pero regañaron, ¿verdad?

LADY FARFIELD.—Sí. ¡Y mírele ahora! Continúa siendo tan precipitado en sus juicios y tan obstinado como antes. Peor aún.

LOTTA.—Sin embargo, me parece que todavía está enamorada de él... un poco..., ¿eh?

LADY FARFIELD.—*(Apresuradamente.)* De ninguna manera.

LOTTA.—Pero usted echó a correr... y ha llorado...

LADY FARFIELD.—Estaba trastornada..., naturalmente... Además, una no puede por menos que recordar. Pero ahora estoy furiosa con él. Me gustaría ponerle en ridículo por su actitud. *(Titubea, como si estuviese reflexionando, y mira a los otros con expresión especulativa.)* Tiene que haber algo que podamos hacer. ¿Qué está ocurriendo aquí?

SAM.—Nada.

HILDA.—Estamos aburridos, y Lotta no hace más que hablar de vestidos y hechizos y no sé qué.

LOTTA.—*(Con acento impresionante.)* Yo afirmo que todo es por culpa nuestra. Los hombres no tienen interés..., están sombríos..., están atontados..., no hay fiesta bonita..., ¿por qué? Porque hemos dejado de ser verdaderamente femeninas. Los hombres vienen de la guerra..., durante años, no ven más que hombres, hombres, hombres, cañones, máquinas, más hombres, hombres, hombres..., ¿y qué ven aquí? Nosotras ya no somos misteriosas. Ya no somos románticas. Ya no somos hechiceras. Somos... *(Con ademán ampuloso y despectivo indica a* PAULINE.) ...así.

PAULINE.—*(Vigorosamente.)* Muy bien; pero intente usted ser una componente romántica y hechicera del Ejército Femenino de Tierra, y ya verá usted adónde va a parar.

LOTTA.—Lo comprendo perfectamente, mi querida Pauline; pero esta noche no necesita ser una componente del Ejército Femenino de Tierra.

PAULINE.—Y no quiero serlo estando en la casa ese celestial jefe de escuadrilla. Pero ¿qué podemos hacer?

LOTTA.—*(Con impresionante acento.)* Frances, a usted apelo.

LADY FARFIELD.—¿Qué desea que haga «yo»?

LOTTA.—Usted tiene todavía algunas cosas preciosas. Yo también... unos antiguos vestidos que he conservado. Convirtámonos en mujeres misteriosas y bellas. Aun cuando no se fijasen en nosotras estos idiotas, al menos nos divertiríamos un poco.

HILDA.—Estoy completamente de acuerdo, aunque apuesto algo a que no habrá nada que me siente bien, y entonces no pareceré bella, ni siquiera misteriosa.

LADY FARFIELD.—Podría resultar divertido. Y... tengo una idea... *(Se interrumpe y alza la mano.)* ¡Chis! *(Todas se callan.* LADY FARFIELD *susurra.)* Me ha parecido oírlos. ¿Por qué no va una a ver qué sucede?

HILDA.—*(Tranquilamente.)* Iré yo. *(Se dirige apresurada y silenciosamente al pie de la escalera y emprende con todo sigilo la escensión de la misma.)*

LADY FARFIELD.—*(Susurrando.)* Quiero que nos vean después, pero no ahora. Si bajasen, nos ocultaríamos. A menos que viniesen a presentar excusas.

SAM.—*(Musitando.)* Apuesto algo a que es demasiado temprano para presentar excusas.

LADY FARFIELD.—Entonces estén todos dispuestos para ocultarse..., detrás de aquella puerta..., tan pronto como yo dé la señal. *(Vuelve* HILDA.) ¿Qué hay, Hilda?

HILDA.—*(Susurrando.)* O están bajando con mucho sigilo... o están jugando a los pieles rojas.

LADY FARFIELD.—*(Musitando.)* Ocultémonos. ¡De prisa! *(Se dirigen todos apresurada y silenciosamente hacia la puerta de la derecha, por la que desaparecen, dejándola entreabierta, para sugerir*

que quedan escuchando y atisbando. ACTON *desciende cautelosamente la escalera. Todavía lleva el uniforme. Mira a su alrededor y luego se dirige subrepticiamente hacia el teléfono. Consulta un librito de notas y descuelga el aparato.)*

ACTON.—*(Hablando por teléfono.)* Morbury, ocho, nueve, dos. *(Mientras espera, sin mirar hacia la puerta de la derecha, esta se abre un poco más. Oyendo el ruido que ha producido al abrirse,* ACTON *se vuelve en aquella dirección, pero mientras lo hace, la puerta se cierra casi por completo de nuevo.)*

ACTON.—Con el comandante de ala Fawcet, por favor... Hablo en nombre del capitán de grupo Camyon... Sí... *(Aquí, si parece oportuno, puede repetirse la misma escena de antes con la puerta de la derecha.)* ¿Comandante de ala Fawcet? Aquí, jefe de escuadrilla Acton, señor. Si tuviese usted la bondad de esperar un momento, señor, le pondría inmediatamente en comunicación con el capitán de grupo Camyon. *(Deja el aparato descolgado, se dirige precipitadamente al pie de la escalera y desde allí llama cautelosamente.)* Todo dispuesto, señor. El campo se halla despejado y el comandante espera al otro lado del hilo. *(Baja* CAMYON *la escalera, con menos cautela que* ACTON, *y se dirige hacia el teléfono, seguido por* ACTON.)

CAMYON.—*(Al teléfono.)* ¿Fawcet? Aquí, Camyon. Esta tarde me dijo usted que necesitaba requisar una o dos casas de campo que fuesen bastante espaciosas. Bien, aquí tiene una. Sí, Farfield Hall. Está ocupada por gentes que, ni siquiera ahora, parecen darse cuenta de que estamos en guerra desde hace unos años... Sí, ese es el tipo..., mujeres estúpidas, extravagantes e insensibles... Muy bien... Llámeme dentro de media hora aproximadamente. *(Deja el aparato y mira severamente a* ACTON.) Ahora vuelvo a mi habitación, y usted vuelve a la suya, muchacho.

ACTON.—Sí, señor.

CAMYON.—Y nada de tonterías. Esto es serio.

ACTON.—Comprendido, señor. Mal asunto.

CAMYON.—*(Tajante.)* Vamos, pues. *(El capitán* CAMYON *se dirige vivamente hacia la escalera, seguido por* ACTON. *Mientras ellos hacen esto, la puerta de la derecha se abre lentamente. Y, tan pronto como han desaparecido, entran en escena, apresurada, pero silenciosamente,* LADY FARFIELD, PAULINE, LOTTA, HILDA, EILEEN, SAM *y* KILLIGREW.)

LADY FARFIELD.—*(Que está realmente enfadada.)* Estoy furiosa, verdaderamente furiosa.

PAULINE.—Y yo también. ¿Oyeron cómo le ordenaba al jefe de escuadrilla que permaneciese en su habitación? ¡El cerdo!

LADY FARFIELD.—¿Y oyeron lo que dijo de nosotras por teléfono? ¡Mujeres estúpidas, extravagantes e insensibles!

LOTTA.—¿Qué les dije yo? Nada de hechizo, ya lo ven.

LADY FARFIELD.—Si pudiésemos hacerle bajar otra vez, en el momento oportuno...

SAM.—Apuesto algo a que no tardarán en volver a bajar.

KILLIGREW.—En caso de necesidad, siempre podemos inventar un mensaje para obligarlos a bajar.

LADY FARFIELD.—*(Que está meditando.)* Sí, míster Killigrew, tiene usted que ayudarnos.

KILLIGREW.—Ciertamente. Pero antes me gustaría hacer unas llamadas telefónicas.

LADY FARFIELD.—No hay prisa. Primero tengo que encontrar los vestidos. Pero suba tan pronto como haya terminado de telefonear. Los demás hemos de cruzar la cocina para subir por la escalera posterior. Recogeremos a Kenton..., lo necesitaremos. Vamos. *(Inician el mutis todos, excepto* KILLIGREW.) Si Edward Camyon está resuelto a ponerse nuevamente en ridículo, procuraré que esta vez lo haga cumplidamente. ¡Pomposo y obstinado idiota! *(En el momento en que desaparecen por la puerta de la derecha, suena el teléfono.)*

KILLIGREW.—*(En voz alta a* LADY FARFIELD, *que ya desaparece por la puerta de la derecha.)* Yo contestaré. Me reuniré con ustedes más tarde, cuando haya terminado de telefonear. *(Se dirige al aparato y lo descuelga.)* Sí, Farfield Hall... ¿Quién?... ¡Ah, sí!, la comodoro Pentworthy... Sí, sí, está aquí..., inspeccionando la casa, según creo..., o tal vez disparando cohetes desde el tejado. De todos modos, será difícil encontrarla... Sí, sí, tomaré ese recado... Sí, sí, me he enterado. *(Impacientemente.)* Sí, sí, es un mensaje muy sencillo, jovencita. Deje expedita la línea, por favor. *(Espera un momento, mientras consulta su librito de notas.)* Póngame con Cornland, tres, cuatro... Sí, esperaré... *(La* COMODORO PENTWORTHY *desciende la escalera, cerrando un gran libro de notas de aspecto oficial.)*

COMODORO PENTWORTHY.—*(Brevemente.)* ¿Está aquí lady Farfield?

KILLIGREW.—No.

COMODORO PENTWORTHY.—¿Ha salido?

KILLIGREW.—No.

COMODORO PENTWORTHY.—¿Dónde está entonces?

KILLIGREW.—No tengo la menor idea. *(La* COMODORO PENTWORTHY *emite un «¡Hum!», y* KILLIGREW *emite otro más fuerte. Ella le mira fija y recelosamente.)*

COMODORO PENTWORTHY.—*(Con tono de importancia.)* Bueno, dondequiera que esté, voy a decirle que es absurdo que pretenda no tener aquí amplio acomodo. Algunas de las habitaciones del ala Este puede que parezcan inservibles para los funcionarios del Servicio Civil, pero las muchachas del British Ladies Auxiliary Squadron están habituadas a todas las asperezas.

KILLIGREW.—Eso no me extraña.

COMODORO PENTWORTHY.—¿Cómo?

KILLIGREW.—Acaba de recibirse un mensaje para usted. Su cuartel general le envía nuevamente el coche. Todo muy urgente.

COMODORO PENTWORTHY.—Urgente. Entonces debería habérseme advertido inmediatamente.

KILLIGREW.—Ha sido advertida inmediatamente. *(Hablando por teléfono.)* Oiga..., sí. Cornland, tres, cuatro...

COMODORO PENTWORTHY.—*(Acercándose más.)* Tengo que telefonear inmediatamente a mi cuartel general. He de enterarme de lo que ha sucedido exactamente. Se trata de un importante asunto oficial...

KILLIGREW.—*(Irritado.)* Cállese, no oigo lo que dicen en la central...

COMODORO PENTWORTHY.—*(Irritada.)* No quiero callarme.

KILLIGREW.—*(Gritando.)* ¿Cómo voy a oír lo que dice la muchacha...? *(Por el microteléfono.)* No, no es a usted...

COMODORO PENTWORTHY.—*(Vigorosamente.)* Repito que se trata de un asunto oficial importante, y he de pedirle a usted que me deje el teléfono...

KILLIGREW.—¿Quiere callarse de una vez?

COMODORO PENTWORTHY.—No; mi llamada es particularmente importante..., verdaderamente urgente.

KILLIGREW.—*(Hablando por teléfono.)* ¡Ah!, muy bien. (KILLIGREW *deja el microteléfono, y la comodoro, fulmindndole con la mirada, lo coge en seguida.)*

COMODORO PENTWORTHY.—*(Sin dejar de mirar iracunda a* KILLIGREW.) Brindlewell, cuatro, cinco. *(A* KILLIGREW, *que está examinando las bebidas, antes de servirse un vaso.)* No creo que la llamada que quiere usted hacer tenga mucha importancia.

KILLIGREW.—Pues, sí. Estoy tratando de formar un cuarteto de cuerda.

COMODORO PENTWORTHY.—*(Escandalizada.)* ¿Y llama usted importante a «eso»? ¿En una época como esta?

KILLIGREW.—*(Sirviéndose un vaso.)* Decididamente. El hombre necesita un poco de orden, de sentido común y de belleza en su vida en una época como esta, y yo encuentro todo eso en un cuarteto de cuerda.

COMODORO PENTWORTHY.—*(Indignada.)* Me quejaré de su actitud... *(Se interrumpe para hablar por teléfono.)* ¡Ah!... Millicent... ¿Qué ha ocurrido? No, el coche no ha llegado todavía. Estoy esperándolo. Ahora infórmeme exactamente de lo sucedido...

KILLIGREW.—*(Mientras ella escucha.)* ¿Va a tardar mucho con ese teléfono?

COMODORO PENTWORTHY.—*(Al teléfono.)* Sí, desde luego. En caso necesario, esta casa serviría. He contado más de treinta habitaciones que podrían utilizarse en caso de apuro... No, no sea «absurda», Millicent. Un momento. *(Dirigiéndose severamente a* KILLIGREW.) ¿Qué ha dicho usted?

KILLIGREW.—He dicho: ¿Va a tardar mucho con ese teléfono?

COMODORO PENTWORTHY.—Todo lo que me plazca. *(Por teléfono.)* Sí, sí, Millicent..., todo debe estar dispuesto. Podríamos tener que efectuar el traslado inmediatamente. Sí, «esta noche». Iré inmediatamente, claro está. Cuando llegue el coche para llevarme... Bueno, tómese una aspirina. *(La* COMODORO PENTWORTHY *cuelga el*

teléfono, sin dejar de lanzar furibundas miradas a KILLIGREW, *quien ahora se acerca nuevamente al teléfono con un vaso en la mano.)*

KILLIGREW.—*(En el teléfono.)* Cornland, tres, cuatro. *(Por el primer término derecha, entra* WEBBER, *con un voluminoso libro.)*

COMODORO PENTWORTHY.—¿Dónde está lady Farfield, mayor Webber?

WEBBER.—No la he visto desde que terminamos de cenar, comodoro. He estado mirando este libro..., estupendas fotografías de estos contornos.

COMODORO PENTWORTHY.—Estoy esperando mi coche.

WEBBER.—Pues vamos a echar un trago mientras espera, comodoro.

KILLIGREW.—*(En el teléfono.)* Muy bien, «estoy» esperando.

COMODORO PENTWORTHY.—*(Indicando el líquido rojizo.)* Tomaré algo de ese «cup» de frutas, muchas gracias.

WEBBER.—*(Sosteniendo en alto la jarra.)* ¿Es esto un «cup» de frutas?

KILLIGREW.—*(Todavía en el teléfono, pero dirigiéndose a ellos.)* A mí me parece sangre con soda. *(Por teléfono.)* No, no estaba jurando por su culpa, pero puedo empezar a hacerlo en cualquier instante... Usted póngame en comunicación con Cornland, tres, cuatro.

COMODORO PENTWORTHY.—*(Que ya tiene la bebida en la mano.)* Bueno, ¡a su salud!

WEBBER.—Gracias, comodoro. *(Bebe ella un buen trago, ansiosamente observada por los dos hombres. Cierra ella los ojos un instante, llena de delicia o angustia, antes de volver virilmente a la superficie.)* ¿Cómo está, comodoro?

COMODORO PENTWORTHY.—*(Parpadeando.)* Evidentemente, no está hecho con frutas frescas..., eso sería demasiado esperar en estos días..., pero resulta muy refrescante, una bebida excelente. Creo que voy a tomar un poco más, por favor, mayor Webber.

WEBBER.—*(Cogiéndole el vaso.)* ¡No faltaba más!

KILLIGREW.—*(Por teléfono.)* Sí, estoy esperando hablar con míster Fraser. ¿Con el viejo Fraser o con el joven Fraser? Me da lo mismo. *(El segundo vaso que se ha tomado la comodoro no ha dejado de producir su efecto.)*

COMODORO PENTWORTHY.—*(Severamente.)* Si quiere usted saber «mi» opinión, creo que estamos volviéndonos demasiado blandos. Sí, flojos y blandos. Nosotros, los ingleses, nos estamos volviendo demasiado flojos y blandos. Y ustedes, los americanos, mayor Webber todavía están peor..., «¡mimados!»

KILLIGREW.—*(Desde el teléfono.)* Debería usted probar a los rusos.

COMODORO PENTWORTHY.—*(Con dignidad.)* No tengo ningún deseo de probar a los rusos. Ni de tener nada que ver con los rusos. No puedo dejar de recordar que muchos rusos son bolcheviques.

WEBBER.—Ahí hay algo, comodoro.

KILLIGREW.—*(Desde el teléfono.)* ¿Y qué quiere usted que sean?

¿Miembros de la Liga de la Primavera? *(Por teléfono.)* ¡Ah, míster Fraser!... Me llamo Killigrew y estoy alojado en Farfield Hall...

COMODORO PENTWORTHY.—*(Alzando la voz por encima de la de* KILLIGREW.) De todos modos, no es esa una cuestión que pueda discutir con alguna autoridad un mero funcionario civil, aunque solo sea porque carece de la necesaria experiencia...

KILLIGREW.—*(Que está esforzándose por oír lo que le dicen por teléfono.)* ¡Oh!... Cállese un momento.

COMODORO PENTWORTHY.—*(Colérica.)* No quiero. ¿Por qué he de callarme?

KILLIGREW.—*(Iracundo.)* Porque estoy tratando de oír lo que me dicen..., y la línea es infame. *(Por teléfono.)* Sí, sí... Oiga, míster Fraser, tengo entendido que toca usted el violoncelo...

COMODORO PENTWORTHY.—¡Hay que ver!... ¡El violoncelo!... ¡En una época como esta!

KILLIGREW.—*(Por teléfono, con voz fuerte.)* ¡Ah!..., su hijo. Bien, ¿está ahí? Muy bien, esperaré...

COMODORO PENTWORTHY.—*(Iracunda.)* Lord Chipping Norton es miembro del gobierno y da la coincidencia de que también es un viejo amigo mío. Es fácil que me queje formalmente a él por su conducta y actitud extraordinarias, míster Killigrew.

KILLIGREW.—*(Todavía en el teléfono, tranquilamente.)* Puede presentar cincuenta quejas a lord Chipping Norton, señora, si le place. Me importa una higa lord Chipping Norton, quien, dicho sea de paso, es un ministrillo extraordinariamente ineficiente, que no es probable permanezca mucho tiempo en el gobierno. *(Por teléfono.)* ¡Oiga, oiga!

WEBBER.—*(Dirigiéndose hacia la puerta de la derecha, riendo.)* ¿Por qué no me habrá hablado nadie de cómo son ustedes los ingleses? En mi patria no tenemos la menor idea de cómo son ustedes en realidad, y mistress Webber no me creerá cuando se lo cuente. *(Se oye afuera el ruido producido por la llegada de un automóvil.)*

COMODORO PENTWORTHY.—*(Disponiédose a salir.)* Debe de ser mi coche.

WEBBER.—Bien, encantado de haberla conocido, comodoro.

COMODORO PENTWORTHY.—Quizá vuelva a verme pronto, a menos que el personal de mi cuartel general haya sido capaz de solventar esta emergencia.

KILLIGREW.—*(Desde el teléfono, volviéndose hacia ellos.)* Silencio, «por favor». No oigo una palabra de lo que me están diciendo...

COMODORO PENTWORTHY.—No creo que sea necesario que la oiga «¡Violinista!» *(Mutis la* COMODORO *por la puerta de entrada.* WEBBER *ríe y vase por el primer término derecha, llevándose el libro y su bebida.* KILLIGREW *continúa en el teléfono.)*

KILLIGREW.—*(Por teléfono.)* Me han dicho que toca usted el violoncelo, míster Fraser... Eso no importa, todos tenemos que empezar alguna vez... Sí, tengo muchas partituras... ¿Sabe usted dónde podríamos encontrar un viola y un segundo violín?... ¿Cuál

es el número de ese teléfono?... Sí, esperaré... *(Regresa la* COMODORO PENTWORTHY, *defraudada y furibunda, seguida lentamente por el cabo* HERBERT PACKET, *hermano de* HILDA. *De hecho,* HERBERT *es una versión masculina y más corpulenta de su hermana. El rasgo más destacado de su persona consiste en una enorme y lenta sonrisa, que ilumina su rostro curtido por la intemperie.)*

COMODORO PENTWORTHY.—*(Con severidad.)* ¿Está usted «seguro» de que no han enviado ese coche para mí?

HERBERT.—*(Que está un tanto desconcertado.)* Sí, señor.

COMODORO PENTWORTHY.—Señora.

HERBERT.—¿Cómo?

COMODORO PENTWORTHY.—*(Aspera y tajantemente.)* Que no me llame «señor», sino «señora».

HERBERT.—*(Con su sonrisa característica.)* ¡Ah!..., comprendo..., señora.

COMODORO PENTWORTHY.—¿Qué hay del coche?... Porque yo estoy esperando un coche...

HERBERT.—Ese era de un granjero, que me ha traído hasta aquí.

COMODORO PENTWORTHY.—Pero ¿quién le ha mandado aquí, cabo?

HERBERT.—Pues..., en realidad, no me ha mandado nadie..., señorita..., señora. He venido por mi cuenta... *(Sonríe.)*

COMODORO PENTWORTHY.—*(Irritada.)* Pero ¿tiene usted derecho a venir aquí por su cuenta?

KILLIGREW.—*(Desde el teléfono.)* ¿Y por qué no?

COMODORO PENTWORTHY.—*(A* KILLIGREW.) Le advierto que se trata de una cuestión oficial. No se entrometa en esto. *(A* HERBERT.) ¿Y bien, cabo?

KILLIGREW.—Un momento. *(Por teléfono.)* Comprendo..., ella me llamará aquí... Farfield Hall, ¿eh? ¡Muchas gracias! ¡Espléndido! ¡Espléndido! *(Cuelga el microteléfono y parece encantado.)* Nunca he encotrado un violoncelo tan rápidamente. Y estoy sobre la pista de un viola. Nadie se atreverá a decir que el Servicio Civil no funciona con celeridad.

COMODORO PENTWORTHY.—*(Impaciente.)* ¿Y bien, cabo?

HERBERT.—Pues, verá usted..., ejem..., señora. Me han traído a Inglaterra para hacer una cosa... y me han dado un pequeño permiso. Todo de pronto, ¿sabe? Bueno, fui a ver a mi hermana y a su amiga..., y la mujer de la casa en donde se alojan me dijo que habían venido aquí..., de modo que hablé de ello en una taberna a un granjero..., y el hombre me trajo aquí... Espero que no me habré equivocado de lugar... Esto es Farfield Hall, ¿verdad?

KILLIGREW.—Exacto, Farfield Hall.

HERBERT.—*(Con su peculiar sonrisa.)* «Okey!» *(Sonríe a uno y otro de los circunstantes y deambula un poco por el vestíbulo.)*

COMODORO PENTWORTHY.—*(Con aspereza.)* ¡Vamos, vamos, cabo! Yérgase un poco. A ninguna de mis muchachas le permitiría comportarse de ese modo. Cuando se lleva el uniforme del Rey, hay que mostrarse marcial..., erguido y marcial.

HERBERT.—*(En tono apologético, pero con desenvoltura.)* Eso

está bien. Al principio, una vez terminada la instrucción, yo tenía un aire erguido y marcial. Pero estuve en Dunquerque, y allí perdí un poco de todo eso... Y luego fui al desierto, y atravesé Túnez y Sicilia para entrar en Italia. Y con unas cosas y otras, uno pierde la práctica... y empieza a moverse con naturalidad..., porque uno está tan ocupado combatiendo...

KILLIGREW.—*(En tono aprobador.)* Muy justo, cabo. *(Los dos hombres intercambian una sonrisa. La* COMODORO PENTWORTHY *les lanza ua foribunda mirada, luego se aparta de ellos.)* ¿Le apetece un vaso de cerveza?

HERBERT.—¿Le apetece nadar a un pato?

KILLIGREW.—*(Alargándole un vaso.)* Pues aquí tiene.

HERBERT.—*(Cogiéndolo.)* Muchas gracias, señor. ¡A su salud! *(Bebe.)*

KILLIGREW.—¿Se llama Hilda su hermana?

HERBERT.—Sí, señor. Hilda Packet. Y su amiga se llama Eileen.

KILLIGREW.—Están aquí. Subiré a decirles que ha venido usted. Espere aquí, cabo. (KILLIGREW *desaparece escaleras arriba.* HERBERT *permanece cerca de la mesa, con el vaso de cerveza en la mano. La* COMODORO PENTWORTHY *consulta impacientemente su reloj.* HERBERT *la mira con expresión cómica. Ruido de un automóvil que llega, luego suena el timbre de la puerta.)*

COMODORO PENTWORTHY.—*(Con ansiedad.)* «Debe» de ser mi coche. *(Vase la* COMODORO PENTWORTHY. *Se oye cerrarse de golpe la puerta de entrada y luego el ruido de un automóvil que se aleja.* HILDA *baja apresuradamente la escalera.)*

HILDA.—*(Con delicia.)* ¡Herbert! *(Se dirige corriendo hacia él y le besa.)* Vaya, vaya... *(Contemplándole de pies a cabeza.)* El mismo Herbert de siempre.

HERBERT.—*(Sonriendo.)* ¡La misma Hilda de siempre!

HILDA.—¿Has ido a casa a ver a madre?

HERBERT.—No, he venido derecho aquí. Pero no se lo digas.

HILDA.—Se pondría furiosa si lo supiese.

HERBERT.—Bueno, pues no se lo digas entonces. He venido antes aquí, porque está más cerca de la estación.

HILDA.—Sí, y porque querías ver a tu preciosa Eileen... A mí no me engañas. Pero ¿por qué no nos avisaste que venías?

HERBERT.—Porque no lo sabía. De pronto nos han traído a doce de nosotros..., seis sargentos y seis cabos..., en un bombardero..., para recibir un poco de instrucción... Y antes de empezar, nos dijeron que teníamos una semana de permiso. De modo que fui a casa de esa mistress Batsby, en donde estáis alojadas, y me dijo: «¡Oh!, pues se han marchado a pasar la velada en casa de lady Farfield, en Farfield Hall.» Me dijo luego dónde estaba esto..., y un granjero me trajo en su coche... y aquí estoy.

HILDA.—Tienes muy buen aspecto, Herbert.

HERBERT.—*(Sonriendo.)* Pues tú no lo tienes malo, Hilda.

HILDA.—Estoy muy bien.

HERBERT.—¿No tienes novio formal todavía?

HILDA.—*(Vivamente.)* No, pero he tenido muchas oportunida-

des; no creas lo contrario. He ido al baile y al cine con algún chico, de cuando en cuando, pero no es lo mismo. Y, si realmente quieres saber la verdad, te diré una cosa...

HERBERT.—*(Viéndola titubear.)* Vamos, continúa.

HILDA.—*(Solemnemente.)* Estoy esperando un poco antes de tener novio formal.

HERBERT.—¿A qué estás esperando?

HILDA.—A que vuelvan algunos de los que se han marchado..., de los mejores..., de los que están luchando por nosotros.

HERBERT.—Eso está bien, Hilda. Esos son los mejores. Tenemos un sargento..., de Newcastle... Vio esa pequeña fotografía tuya que tengo yo... y después no ha hecho más que preguntarme cosas de ti, y pedirme que le deje ver otra vez la foto. Ya te hablaré de él más tarde.

HILDA.—Ya me ocuparé yo de que lo hagas. Si no está casado o algo por el estilo.

HERBERT.—No, no está casado ni nada.

HILDA.—¿No tienes una foto de él?

HERBERT.—Pues claro que no. No suelo llevar encima fotos de sargentos. Se llama Jack Philips, y su padre tiene una taberna en Newcastle... Oye... *(Bajando la voz.)*, ¿dónde está Eileen?

HILDA.—*(Bajando igualmente la voz.)* Está aquí. La verás dentro de un momento.

HERBERT.—De eso se trata.

HILDA.—*(Con suma seriedad.)* Tengo que decirte una cosa, Herbert. Eileen es un poco tímida y, a veces, tiene ideas muy raras.... como todas nosotras..., pero es una chica estupenda y te aprecia mucho. Más de lo que mereces.

HERBERT.—Yo también la aprecio mucho. Es curioso esto de no haberla visto nunca y, sin embargo, tener la impresión de conocerla mejor que nadie, en cierto modo...

HILDA.—No te engañes a ti mismo. Las cartas no son personas. Hay que estar con ellas..., y verlas..., y escucharlas..., y ver cómo se portan... antes de conocerlas realmente. Pero Eileen es perfecta, eso puedo decírtelo yo.

HERBERT.—Tú debes saberlo, Hilda.

HILDA.—Creo que sí. Cuando una chica trabaja con otra y comparte con ella la misma habitación, te aseguro que no hay muchas cosas que esta no sepa de aquella. Si se tratase de alguna de las otras, te podría contar cosas que te pondrían los pelos de punta. ¡Si los hombres supiesen! Pero Eileen es diferente. Y tendrás que portarte bien con ella o vas a oírme. Oye, y no te quedes aquí mucho tiempo.

HERBERT.—¿Por qué?

HILDA.—Porque vamos a divertirnos un poco. Vamos a vestirnos elegantemente para simular que somos personas muy importantes. *(Se interrumpe para susurrar.)* Ahí viene Eileen. (EILEEN *baja lenta y tímidamente la escalera. Los dos hermanos la observan.)*

HILDA.—*(Lenta, impresionantemente.)* Eileen, este es Herbert.

EILEEN.—*(Avanzando lentamente.)* ¡Hola!

HERBERT.—*(Con su peculiar sonrisa.)* ¡Hola!

HILDA.—*(Mirando cómicamente ora a uno, ora a otro.)* Bueno, yo me retiro. Pero no os quedéis mirando el uno al otro como estatuas. Y no perdáis mucho el tiempo. *(Vase* HILDA *escaleras arriba. Los otros dos, dolorosamente cohibidos, ni siquiera se miran durante un instante. La escena siguiente ha de ser interpretada con exquisita delicadeza y comedimiento, sin concesiones a una risa fácil.)*

EILEEN.—*(Lentamente.)* No me dijiste que ibas a venir con permiso.

HERBERT.—Es que no lo sabía. Te dije que tal vez vendría para un período de instrucción..., ¿recuerdas?

EILEEN.—Sí, recuerdo que me dijiste eso. Y tenía la esperanza de que... vendrías.

HERBERT.—Y de pronto vino el traslado..., como ocurren todas las cosas en el ejército..., de sopetón... Ya te he hablado de ello.

EILEEN.—Sí. No ocurre nada y de pronto ocurren muchas cosas en poco tiempo, ¿no es eso?

HERBERT.—*(Con su peculiar sonrisa.)* Eso es..., Eileen.

EILEEN.—*(Tras una pausa.)* Supongo que lo encontrarás todo diferente aquí..., ¿verdad?

HERBERT.—Pues... no muy diferente..., y, de todos modos, está uno en casa... y es bueno...

EILEEN.—*(Lenta, dulcemente.)* Supongo que... te pareceré muy distinta de como te imaginabas, ¿no?

HERBERT.—*(Mirándola cautelosamente.)* Pues, no... Estás igual que en la fotografía..., aquella que me enviaste...

EILEEN.—Sí. Pero después pensé que no debía habértela enviado. Estaba muy favorecida.

HERBERT.—No, no. Estás igual que en la foto. Solo...

EILEEN.—*(Con ansiedad.)* ¿Solo qué?

HERBERT.—Solo que... eres un poquito más alta de lo que me figuraba...

EILEEN.—¡Oh!..., ¿y eso tiene importancia?

HERBERT.—No, naturalmente que no. Además..., yo creo que..., bueno, que eres mucho más bonita...

EILEEN.—*(Encantada.)* ¡Oh!, Herbert... ¿Lo dices en serio?

HERBERT.—Sí, sí. Y es verdad. *(Pausa.)* Eileen...

EILEEN.—¿Qué, Herbert?

HERBERT.—*(Lentamente.)* ¿Decías en serio todas aquellas cosas que me escribías?

EILEEN.—*(Dulcemente.)* Sí.

HERBERT.—¿Y sigues pensando lo mismo... ahora que ya me has visto..., y que estoy aquí..., y no lejos...?

EILEEN.—*(Mirándole.)* Yo sí, Herbert... ¿Y tú?

HERBERT.—Yo también. Y quisiera que nos casásemos... y...

EILEEN.—Y tuviésemos un hogar propio.

HERBERT.—Sí, un hogar propio. He pensado mucho en eso, Eileen.

EILEEN.—Yo también, Herbert. ¿No sería maravilloso?

HERBERT.—Sí. Pero no sé cuándo será eso.

EILEEN.—No; pero hemos esperado tanto tiempo, que bien podemos esperar un poco más.

HERBERT.—*(Dubitativo.)* Sí. Algunos de los muchachos dicen que todo se arreglará para nosotros..., ya sabes, que habrá hogares y trabajo para todos. Pero otros muchos dicen que todo será como la última vez..., que cuando hayamos terminado de combatir y haya pasado el peligro... nos dejarán silbando...

EILEEN.—*(Excitada.)* Eso fue lo que le ocurrió a mi padre. Pero ahora no será como la última vez.

HERBERT.—¿Cómo lo sabes?

EILEEN.—*(Con súbita vehemencia.)* Porque no permitiremos que sea así, por eso. Esta es nuestra patria, ¿no? Tú has ido a luchar por ella. Y yo he dejado mi casa para trabajar por ella. Los dos hemos dado años de nuestra vida para conservar su integridad, ¿no? Muy bien. Pues tú necesitas un trabajo seguro y yo necesito un hogar propio. Y vamos a tenerlo. Y esta vez nadie nos lo impedirá. *(Cambiando bruscamente de actitud y tono, titubeando.)* Herbert..., ahora que me has visto..., ¿crees que todo... marchará bien?

HERBERT.—¿Qué quieres decir?

EILEEN.—¿Crees que... podrás amarme?

HERBERT.—*(Con cierto rubor.)* Ya te amo, Eileen.

EILEEN.—*(Con alivio.)* Pues eso es todo lo que importa. (EILEEN *le mira sonriente.* HERBERT *avanza un paso hacia ella y está claramente a punto de tomarla en sus brazos para besarla, cuando entra el mayor* WEBBER *por el primer término derecha.)*

WEBBER.—¡Bien, bien, bien! ¡Conque tenemos otro visitante, eh!

EILEEN.—Sí. Es Herbert, el hermano de Hilda... y mi prometido.

WEBBER.—*(Cordialmente.)* ¡Eso es magnífico! Tenemos que beber para celebrarlo. (HILDA *baja precipitadamente la escalera y mira a todas partes.)*

HILDA.—*(Llamando apremiantemente a su hermano y a* EILEEN.) Venid vosotros dos. Hacéis falta arriba... ¡De prisa! Sí, sí, los dos.

WEBBER.—*(Perplejo.)* Pero ¿qué es lo que ocurre aquí?

HILDA.—*(Alegremente.)* Espere un poco y verá. Y, cuando ocurra, ni diga esta boca es mía. Vamos, vosotros, daos prisa. *(Mira hacia arriba.)* ¡Oh!..., alguien baja por la escalera. Iremos por el otro lado. *(Desciende presurosa la escalera y se lleva precipitadamente a la pareja de enamorados a través de la cocina.* WEBBER *los sigue con la mirada y se sirve un vaso. Al cabo de unos momentos,* TONY ACTON *desciende sigilosamente la escalera. Está vestido con una chaqueta de «sport» y un pantalón de franela. Mira cautelosamente a su alrededor, ve a* WEBBER *con el vaso en la mano y termina de bajar con grandes precauciones.)*

WEBBER.—*(Cordialmente.)* ¡Hola! Acérquese, acérquese.

TONY.—Gracias.

WEBBER.—Me llamo Webber... George Webber.

TONY.—Yo me llamo Acton.

WEBBER.—¿Un vaso de «whisky» escocés?

TONY.—No, gracias. Pero no me disgustaría beber un poco de cerveza si la hubiese.

WEBBER.—¿Cómo no? Sírvase lo que quiera.

TONY.—Gracias. *(Se sirve un vaso de cerveza.)* No debería estar aquí abajo..., pero me he quedado sin cerillas...

WEBBER.—Yo puedo facilitarle algunas. No las necesito. Tengo un buen encendedor. *(Arroja unas cerillas sobre la mesa.)*

TONY.—Muchas gracias... ¡A su salud! *(Bebe.)*

WEBBER.—¡A la suya! *(Bebe, y luego contempla a* TONY *con curiosidad, mientras el último enciende un cigarrillo.)* Míster Acton, ¿ha dicho usted que no debería estar aquí abajo?

TONY.—En efecto.

WEBBER.—¿Quiere usted decir..., aquí abajo..., donde estamos ahora?

TONY.—*(Sonriendo.)* Eso es. Aquí.

WEBBER.—*(Bastante desconcertado.)* Pues lo siento mucho, míster Acton.

TONY.—No se preocupe por eso, mayor. No tiene ninguna importancia.

WEBBER.—Supongo que se aloja aquí, ¿no?

TONY.—Me alojo aquí por el resto de la noche... con un poco de suerte. ¿Usted vive aquí?

WEBBER.—He llegado esta noche.

TONY.—¿Sí? Yo también. *(Mira a su alrededor y luego habla en tono más confidencial.)* Extraño asunto, ¿no?

WEBBER.—Para mí resulta muy interesante, míster Acton. Porque me dije para mis adentros: «George Webber, eres un estúpido.»

TONY.—Oh... ¿Y por qué se dijo eso a usted mismo?

WEBBER.—Pues porque no conseguía coger el aire a lo que aquí sucedía. Primero pensé una cosa y luego otra. Pero me parece que ahora ya me voy dando cuenta de todo; sí, señor.

TONY.—Ojalá pudiese decir yo lo mismo.

WEBBER.—¿Es usted de la fábrica, míster Acton?

TONY.—¿De qué fábrica?

WEBBER.—Pues de la fábrica de aviones en donde trabajan lady Farfield y esas chicas.

TONY.—*(Asombrado.)* ¡Lady Farfield!... ¿Se refiere usted a la dueña de esta casa?

WEBBER.—Sí, no hay otra.

TONY.—Yo no estoy tan seguro, ¿sabe? Esta noche no comprendo absolutamente nada. Si es la que yo conozco, supongo que irá allí ocasionalmente para cortar el pastel o entregar los premios, ¿no?

WEBBER.—No, señor. Ha trabajado durante mucho tiempo en el banco, y ahora la han ascendido a encargada. Las otras personas a quienes ha invitado, trabajan con ella..., incluido el capataz.

TONY.—*(Con extremo excepticismo.)* ¿No estará tomándome el

pelo por casualidad, señor? No creo, no. Está bien, ahora pregúnteme lo que estoy haciendo yo.

WEBBER.—*(Bastante sorprendido.)* Eso era precisamente lo que me estaba preguntando. Y esa es la razón de que le preguntase si era usted de la fábrica.

TONY.—*(Llana y confidencialmente.)* La respuesta es que no. No hay dinero en ese trabajo de guerra. Yo me dedico al mercado negro. Ahora estoy haciendo un buen negocio con los cupones para ropa.

WEBBER.—*(Desagradablemente sorprendido.)* ¿Cupones para ropa?

TONY.—Esa es la idea. Aunque nada de falsificaciones, ¿eh? Oh, no; completamente legítimos. Naturalmente, no estaría bien que descubriese cómo se las arregló el muchacho para poner sus manos en un cuarto de millón...

WEBBER.—*(En el mismo tono.)* ¡Un cuarto de millón!

TONY.—*(Confidencialmente.)* Y algo más, créame, algo más. Pero están fuera del trato. La mujercita quiere unos cuantos vestidos nuevos..., ya sabe usted cómo son. *(Hace un guiño a* WEBBER, *quien le contempla espantado. Mientras los dos hombres se miran así,* CAMYON, *todavía de uniforme, desciende la escalera con mucha cautela. Cuando ve que* ACTON *y* WEBBER *están solos, parece aliviado, pero cuando* ACTON *le ve, parece desconcertado.)*

CAMYON.—*(Con cierta aspereza.)* ¿Qué hace aquí abajo?

TONY.—*(Apologéticamente.)* Tuve que bajar, señor. No tenía cerillas.

CAMYON.—Hum... Me asomé a su habitación, y, al no verle, he bajado para ver qué hacía.

TONY.—Me parece muy bien. Permítanme que les presente..., el mayor Webber..., el capitán Camyon.

CAMYON.—¿Cómo está usted?

WEBBER.—Encantado de conocerle, capitán. Da la impresión de haber venido del extranjero.

CAMYON.—Y así es, en efecto. He regresado ayer, después de cuatro años de ausencia.

WEBBER.—¡Espléndido! Tiene usted que saber muchísimas cosas que me gustaría conocer, capitán. ¿Un vaso de «whisky» escocés?

CAMYON.—No, gracias.

WEBBER.—Es un buen «whisky» escocés. Tuve mucha suerte haciéndome con él.

CAMYON.—Ah..., ¿entonces es suyo?

WEBBER.—Sí, míster.

CAMYON.—En ese caso, cambio de opinión y acepto su ofrecimiento. Gracias. Creí que sería de..., bueno, de la casa. *(Mientras* WEBBER *sirve el «whisky»,* TONY, *quien evidentemente se halla desasosegado, se aleja de la mesa con fingida indiferencia, examinando las cabezas de los animales, etc.* WEBBER *aprovecha esta oportunidad para intercambiar con* CAMYON *unas confidenciales palabras acerca del joven.)*

CAMYON.—*(Cogiendo el vaso de «whisky».)* Gracias. Me vendrá bien. ¡A su salud! *(Bebe.)*

WEBBER.—*(En tono sumamente confidencial.)* Capitán, ¿conoce usted bien a ese joven?

CAMYON.—Desde luego. ¿Por qué?

WEBBER.—*(Precavidamente.)* Bueno..., aquí no soy más que un extraño, y se nos ha advertido que no nos entrometamos en nada... Pero considero que es mi deber decirle que ese joven afirma que está operando en el mercado negro.

CAMYON.—*(Atónito.)* ¡El mercado negro!

WEBBER.—*(Gravemente.)* Sí, señor. Tráfico ilegal con cupones para ropa..., centenares de miles de ellos. Se jacta de ello...

CAMYON.—¡Tonterías! Es mi jefe de escuadrilla y ha venido conmigo de fuera. *(Llamando con energía.)* ¡Acton!

TONY.—*(Volviéndose y avanzando hacia el capitán.)* Señor...

CAMYON.—¿Qué diablos se propone hablando del mercado negro al mayor Webber?

TONY.—*(Con inquietud.)* Pues..., verá, señor..., estábamos charlando...

WEBBER.—*(Divertido.)* Y me estaba tomando un poco el pelo, ¿no? Bueno, debería haberme dado cuenta de ello. «Okey», míster Acton, no se excuse, no es necesario.

CAMYON.—Para mí sí lo es. En primer lugar, es de mal gusto.. y podría resultar peligroso. ¿Qué se proponía?

TONY.—*(En tono apologético.)* Lo siento, míster... Pero es que empezó a tomarme el pelo, y consideré que no debía mostrarme huraño. Sé que a los americanos les gusta mucho tomar el pelo a la gente... y se lo tomé yo a él un poco.

WEBBER.—*(Cordialmente.)* Y me parece muy bien, míster Acton. Pero tengo que aclarar que yo no estaba tomándole el pelo a usted. Estaba hablándole simplemente de las personas que se encuentran aquí.

TONY.—Ya lo sé. ¿Y no me dijo que lady Farfield había invitado a unas compañeras suyas de la fábrica de aviones, en donde acaban de ascenderla a encargada?

WEBBER.—*(Con firmeza.)* Naturalmente que se lo he dicho.

CAMYON.—Ah, entonces empezó usted, mayor, y no se le puede censurar al muchacho. Yo hubiera hecho lo mismo. Después de todo, los ingleses tenemos que demostrar que poseemos cierto sentido del humor.

TONY.—Precisamente eso fue lo que pensé, míster. No podía dejar mal al viejo mundo, me dije para mis adentros. Tenía que hacer algo.

CAMYON.—Naturalmente. Y no crea, mayor Webber, que esto signifique que estoy defendiendo a estas gentes de aquí. No tenían derecho a divertirse contándole esa historia de que son obreras de una fábrica, cuando la realidad es que tienen un batallón de criados y no hacen más que organizar grandes y estúpidas fiestas. Los

he oído arriba, riendo neciamente, corriendo por los pasillos y chillando histéricamente.

TONY.—Yo también lo he oído, míster. Mal asunto, pensé.

CAMYON.—No puede ser peor. *(A* WEBBER, *que los contempla con la boca abierta.)* Pero no se imagine que todo el mundo es así en Inglaterra. Ha dado la casualidad de que ha ido usted a caer en mal lugar, eso es todo. Y lo mismo nos ha ocurrido a nosotros. Para mí no resulta muy divertido... por razones especiales.

TONY.—*(Seriamente.)* Le dio una bofetada, ¿sabe? Espero que no le importe que lo mencione, señor.

CAMYON.—Naturalmente que me importa, necio.

WEBBER.—*(Desconcertado.)* ¿Quién le dio una bofetada?

CAMYON.—Lady Farfield. Da la coincidencia de que..., bueno..., se trata de una antigua amiga.

WEBBER.—*(Interrumpiéndole, apremiante.)* Espere, espere un momento. Vamos a tratar de aclarar esto. Me figuro que quien les ha recibido ha sido ese viejo mayordomo, ¿no es eso?

TONY.—En efecto.

WEBBER.—Y ustedes le escucharon, ¿verdad?

CAMYON.—No tuvimos más remedio.

WEBBER.—*(Con firmeza.)* Eso mismo hice yo. Y después comprobé que todo era música celestial. Sí, señor.

CAMYON.—¡Música celestial!

WEBBER.—*(Triunfalmente.)* Nada más que eso. El viejo habla realmente del pasado. Tiene tantos años, que se le olvida todo. (CAMYON *intercambia con* TONY *una sobresaltada mirada.)* Yo estaba aquí a la hora de la cena. Estamos alojados aquí un funcionario civil y yo... y luego hay algunas personas que han venido de la fábrica..., un capataz y un par de chicas...

TONY.—Bueno, ¿no estará volviendo a las andadas, verdad?

WEBBER.—*(Seriamente.)* Es rigurosamente cierto. Le aseguro que no he hablado más en serio en toda mi vida.

CAMYON.—*(Lentamente.)* No sé qué pensar de esto.

TONY.—No quisiera parecer entrometido, señor. Pero ¿se fijó usted en aquella joven del Ejército Femenino de Tierra que estaba en la escalera cuando llegamos nosotros? Me pareció una chica muy seria, y no daba la impresión de encajar en la idea que nos habíamos hecho del lugar. No he dejado de pensar en esa muchacha. Tal vez nos hayamos equivocado.

WEBBBER.—Seguro que sí. Y nuestra anfitriona ha estado realizando una labor magnífica. Renuncia a sus antiguos privilegios. Nada de diferencias de clase. Democracia con las mangas recogidas.

CAMYON.—¡Dios mío, Tony! Si nos hemos equivocado, nos hemos portado como unos perfectos idiotas. O, al menos, me he portado *yo.*

WEBBER.—No se preocupe. Dentro de poco, todos nos reiremos cordialmente del «lapsus». *(De la parte superior de la escalera, llega rumor de voces femeninas..., risas y charla ligera.)*

TONY.—¡Escuchen! Ya bajan.

WEBBER.—*(Radiante.)* Ahora verán. Un ramillete de gentes de fábrica. Capataz. Muchachas de la fábrica, con sus viejos vestidos. Democracia en lucha. Ya verán. Y preparen sus excusas..., van a necesitarlas. *(Los tres hombres miran con expectación hacia la escalera. De manera impresionante, desciende por ella la siguiente procesión: primero, el viejo* KENTON, *enfundado en una librea escarlata, transportando un enorme candelabro de brazos. Después, en fila india,* LADY FRANCES, LOTTA, PAULINE *(que lleva un vestido suntuosísimo),* EILEEN *e* HILDA. *Todas llevan vestidos—uno o dos modernos, otros de época—que realzan sus respectivas personalidades, y todas ellas tienen un aspecto muy femenino, romántico y hechicero, dando la impresión de tener altiva conciencia de ello. Detrás de ellas, viene* KILLIGREW, *con su violín, vestido de rigurosa etiqueta, la chaqueta del traje le está demasiado estrecha. Después vienen* SAM *y* HERBERT, *que han sido disfrazados fantásticamente y abocetadamente, pero también impresionantemente, de lacayos, y llevan bandejas con vasos y una botella de champaña, etc. La procesión desciende lentamente, ignorando la presencia de los tres hombres, hasta que todas las mujeres quedan agrupadas en torno al piano.* WEBBER, *totalmente desconcertado, dice:)* ¡Caramba!

TONY.—*(Igualmente desconcertado.)* ¡Cáspita!

CAMYON.—*(A* WEBBER, *con furiosa ironía.)* ¡Un ramillete de gentes sencillas! ¡Muchachas de la fábrica con sus viejos vestidos! ¡Democracia con las mangas recogidas, ganando la guerra!

WEBBER.—*(Gravemente.)* Le aseguro, capi...

CAMYON.—*(Entre dientes.)* Oh..., déjese ya de juegos, por favor.

LADY FARFIELD.—*(Desde el piano, en donde se hallan las damas.)* Edward..., perdón..., quise decir capitán Camyon...

CAMYON.—*(Lacónicamente, desde la chimenea.)* ¿Qué?

LADY FARFIELD.—*(Con leve mofa.)* Como la sola vista de nosotros parece molestarle tanto... y la música puede molestarle todavía más..., no tiene necesidad de permanecer aquí abajo. Tiene mi permiso para retirarse a su aposento.

CAMYON.—*(Secamente.)* Gracias, Frances..., perdón..., quise decir lady Farfield... Pero, si no tiene grave inconveniente, prefiero quedarme aquí. Estoy esperando una importante llamada telefónica.

LADY FARFIELD.—¿Respecto a la requisa de una casa, quizá?

CAMYON.—En efecto. Pero no permita que interrumpa su... música.

LADY FARFIELD.—*(Sonriendo y tocando el piano.)* Naturalmente que no. *(Empiezan a cantar una canción vienesa de ópera ligera, un brevísimo trozo. Entre tanto,* PAULINE *puede acercarse a* TONY *y sonreírle, y el joven, encontrándola irresistible, avanza hacia ella, siendo detenido por la severa mirada y el amonestador. «¡Acton!» que le lanza su jefe desde la chimenea. Cuando concluye el breve cántico, se desarrolla la siguiente escena.)*

LADY FARFIELD.—*(Todavía tocando ociosamente el piano.)* Kenton, el champaña.

KENTON.—Sí, milady. (KENTON *empieza a servir el champaña, mientras suena la música soñadoramente.)*

CAMYON.—*(Con ircunda ironía, a* WEBBER.) ¡Unas muchachitas de la fábrica, que acaban de dejar el banco de trabajo!

WEBBER.—Ciertamente forman un elegante ramillete, sí, míster. Me sorprende. Siempre he creído que a las mujeres inglesas les tenía sin cuidado su aspecto...

CAMYON.—*(Casi reventando de cólera.)* ¡Maldita sea!... ¿Tendrá usted... la bondad .. de dejar ya ese jueguecito? *(Se vuelve de espaldas.)*

TONY.—*(A* WEBBER, *susurrando.)* Déjelo ya, mayor. O el capitán estallará.

WEBBER.—Pero ya les he dicho...

TONY.—*(En tono de reproche.)* No, no, mayor. Nosotros ya lo hemos dejado. Sin embargo, aquella chica es hechicera.

KENTON.—*(Acercándose a ellos.)* ¿Champaña, míster?

WEBBER.—*(Cogiendo una copa.)* ¡Desde luego! Gracias.

KENTON.—*(A* TONY.) ¿Usted, señor?

TONY.—*(Cogiendo rápidamente una copa.)* Ciertamente.

CAMYON.—*(Volviéndose, con severidad.)* Deje eso, Acton.

TONY.—Sí, señor. *(A* KENTON, *severamente, devolviendo la copa.)* No.

KENTON.—*(A* CAMYON.) ¿Champaña, míster?

CAMYON.—*(Hosco.)* Sí. *(Coge una copa y, con ademán impresionante, vierte el contenido en el suelo. Las chicas lanzan un grito.)* ¿Qué le parece esto?

KENTON.—*(Con firmeza.)* No muy correcto, míster. Esta es la última botella que quedaba en la bodega, y probablemente la última que veré nunca más. No, míster, no me parece muy correcto.

LADY FARFIELD.—*(Levantándose del piano.)* Muy bien, Kenton, gracias. Puede retirarse, pues ya no le necesitaremos.

KENTON.—Gracias, milady. *(Mutis* KENTON *por el primer término izquierda.)*

LADY FARFIELD.—*(Dirigiéndose a* CAMYON.) Ha sido una incorrección imperdonable.

CAMYON.—*(Rígidamente.)* Lo ha sido, en efecto. Presentaré mis excusas a su mayordomo tan pronto como le vea otra vez. Después de todo, no se puede censurar a un viejo servidor por las faltas de sus amos.

LADY FARFIELD.—*(Con ironía.)* Es usted muy considerado. *(Vuelven a tocar y a cantar, preferiblemente algo ligero, encantador, burlesco. Después, la música va extinguiéndose...)* Herbert... Cigarrillos para los caballeros. *(El cohibido y sonriente* HERBERT *se acerca con una bandejita en la que hay unos veinte cigarrillos.)*

HERBERT.—¿Cigarrillos?...

CAMYON.—*(Con severidad.)* Venga aquí. Y deje de sonreír.

HERBERT.—Sí, señor.

CAMYON.—*(Indignado.)* ¡Un saludable mocetón como usted, haciendo de lacayo en una época como esta! ¿Qué ha estado haciendo usted durante los últimos años? ¿Ofreciendo cigarrillos y doblando servilletas?

HERBERT.—*(Igualmente indignado.)* ¿Yo? Acabo de regresar del Octavo Ejército. ¡Ya estoy harto de esto! *(Deja la bandejita y se dirige precipitadamente hacia la escalera; pero, al llegar al pie de la misma, se vuelve para advertir.)* Y no olviden que esos veinte Players son míos. *(Desaparece escaleras arriba.)*

CAMYON.—*(A* TONY *y* WEBBER.) ¡El Octavo Ejército! ¡Sus veinte Players! ¿Qué *es* esto?

LADY FARFIELD.—*(Burlonamente.)* Una pequeña velada musical. Vamos, chicas. (ACTON *empieza a bailar con* PAULINE. CAMYON *se vuelve y los ve.* LADY FARFIELD *toca el piano y todos cantan. Aplausos.)*

CAMYON.—¡Acton! (ACTON *deja a* PAULINE. WEBBER *se levanta y baila con ella.)*

KILLIGREW.—*(Que ha estado afinando su violín.)* ¡Silencio, por favor!

LADY FARFIELD.—Ahora, vamos a escuchar un poco de verdadera música. *(Con aire de anfitriona obsequiosa.)* Madame Lotta Schulberg, la famosa cantante de la Volksopera de Viena, ha accedido amablemente a cantar para nosotros. *(Aplausos.)*

WEBBER.—*(A* CAMYON, *susurrando.)* En realidad, es la cocinera.

CAMYON.—*(Con fiera ironía.)* Y usted es Caperucita Roja.

WEBBER.—*(Gravemente.)* No, no se trata de una broma...

CAMYON.—*(Interrumpiéndole rudamente.)* ¡Oh, por amor de Dios!... Deje eso de una vez... (LADY FARFIELD *se ha sentado al piano, teniendo a su espalda a* KILLIGREW, *que enarbola su violín, mientras las tres jóvenes se han agrupado pintorescamente alrededor de ellos, y* LOTTA *se ha situado delante.* LOTTA *canta un número de ópera ligera. Cuando concluye, suena el teléfono.)*

TONY.—¿Contesto yo, señor? *(Se dirige hacia el teléfono.)*

LADY FARFIELD.—*(Levantándose.)* Haga el favor.

KILLIGREW.—*(A* LADY FARFIELD.) Se me ha roto una cuerda. Tengo otra arriba, en alguna parte, pero puedo tardar un rato en encontrarla. De modo que... *(Agita la mano, sonriente, como si se despidiese, mientras se dirige hacia la escalera. Allí se vuelve y pregunta en voz alta a* LOTTA.) ¿Alguna posibilidad de un poco de té por la mañana temprano?

LOTTA.—*(Firmemente.)* Ninguna en absoluto.

KILLIGREW.—Hace unos dieciocho meses que tomé mi último té por la mañana temprano. *(Sonriendo a* CAMYON.) Usted probablemente lo ha bebido por galones, ¿eh?

CAMYON.—*(Colérico.)* No lo pruebo nunca. *(Cuando* KILLIGREW *desaparece, vuelve a sonar el teléfono.)*

EILEEN.—Deberíamos subir a cambiarnos ya. Vamos, Hilda.

LOTTA.—Iré con ustedes, para guardar estos vestidos.

HILDA.—*(Mientras las tres se dirigen hacia la escalera, se vuelve*

hacia CAMYON.) Algún día las chicas de las fábricas parecerán reinas... Y no trate de impedirlo.

CAMYON.—¿Quién ha dicho que yo desee impedirlo? (HILDA, EILEEN *y* LOTTA *desaparecen escaleras arriba. El teléfono vuelve a sonar.)*

LADY FARFIELD.—*(Con voz clara y ampulosa.)* Vamos, Pauline; vámonos al salón... para que el capitán Camyon hable a sus anchas por teléfono.

CAMYON.—*(Irónicamente.)* ¡Muchísimas gracias!

LADY FARFIELD.—*(Mirándole desde cerca de la puerta.)* Pero ten cuidado ahora, Edward, o juro que no volveré a hablarte en mi vida. *(Vase con* PAULINE. *El teléfono suena nuevamente.* WEBBER, *que ha estado sujetando la puerta para dar paso a* LADY FARFIELD, *la cierra y vuelve sobre sus pasos.* WEBBER, SAM *y* TONY *observan a* CAMYON, *quien, tras alguna vacilación, se dirige al teléfono.)*

CAMYON.—*(Al teléfono.)* Sí, aquí el capitán de grupo Camyon... ¿Cómo?... ¿Con quién desea hablar usted?... ¿Cómo?... Oiga..., espere... Ha colgado. *(A los otros.)* Hablaba no sé qué tonterías acerca de un granjero y unos violines. Pero ¿esto qué es?... ¿Un manicomio?

WEBBER.—*(Desternillándose de risa.)* Será cosa de Killigrew y sus cuartetos de cuerda. ¡Bien, bien, bien!

CAMYON.—*(Perplejo.)* ¿Quién es Killigrew? ¿Ese violinista que ha estado aquí?

WEBBER.—*(Todavía riendo.)* Sí. Uno de sus prominentes funcionarios civiles. Ministerio de Reconstrucción...

CAMYON.—¿Ya volvemos a las andadas...?

WEBBER.—*(Sin dejar de reír.)* Pero ¡si no he hecho más que decirles rigurosamente la verdad todo el tiempo! *(A* SAM, *que se ha despojado ya de su librea de lacayo y está encendiendo su pipa.)* Sam..., dígaselo usted.

SAM.—Tómelo con calma, capitán Camyon. No estamos en un manicomio ni nada parecido. Aunque la verdad es que, en estos tiempos, todos estamos un poco locos.

WEBBER.—*(Riendo.)* Desde luego.

TONY.—*(A* WEBBER.) Está bien, está bien. Pero vamos a aclarar todo esto, ¿no le parece?

CAMYON.—Un momento, un momento. ¿Qué clase de lacayo es usted?

SAM.—No soy ninguna clase de lacayo. No sea lerdo. Soy capataz en la fábrica donde se están construyendo los nuevos Preston.

CAMYON.—¡Los nuevos Preston! Precisamente tengo que ir ahí.

SAM.—Ya lo sé. Y usted y yo nos hemos visto antes.

CAMYON.—*(Mirándole fijamente.)* En efecto. Ya me parecía a mí que le había visto antes de ahora...

SAM.—Hace unos doce años. Usted era entonces jefe de escuadrilla y había ido a la vieja fábrica de Kestrel Five. Soy Sam Cawthra.

CAMYON.—Sam Cawthra... Sí, lo recuerdo. Pero ¿qué diablos hace usted en esta casa?

SAM.—Pues estamos celebrando una pequeña fiesta... y nos hemos divertido un poco a su costa...

CAMYON.—¿Que se han divertido...? Bueno, Sam, vamos a ver si aclaramos esto. ¿Han estado realmente trabajando con usted lady Farfield y esas muchachas?

SAM.—Sí, y puedo asegurarle que son excelentes operarias. Lady Farfield es ahora encargada.

CAMYON.—Pero si parecía que...

SAM.—*(Interrumpiéndole.)* Pues parecía simplemente que hubiesen ido arriba y se hubiesen puesto unos vestidos bonitos. Eso es todo. Y..., ¡caramba!..., no va a pedirles que lleven constantemente unos «monos» grasientos o unos pantalones de pana.

TONY.—Señor, la hemos hecho buena.

CAMYON.—¡Dios mío!... Me he portado como un asno.

SAM.—Bueno, no ha sido el primero y no será el último.

CAMYON.—No, no; esto es grave. *(Volviéndose a* WEBBER.) No sabe cuánto lo lamento, mayor Webber.

WEBBER.—No se preocupe en absoluto. He disfrutado de todos y cada uno de los minutos de esta situación. En realidad, hacía años que no reía tan a gusto... *(Da la impresión de que va a empezar a reír de nuevo.)*

TONY.—Basta, basta. Ya hemos recibido lo nuestro. *(Entra* PAULINE *procedente del salón.)*

PAULINE.—*(Serenamente.)* Siento molestar, pero tengo sed. *(Al acercarse la joven a la mesa en donde están las bebidas,* TONY *y* WEBBER *hacen lo mismo.)*

TONY.—No faltaba más. Excelente idea. ¿Qué quiere tomar?

SAM.—*(Trayendo consigo a* CAMYON *al primer término.)* No se preocupe. No se ha producido ningún daño verdadero.

CAMYON.—*(En voz baja, pero apremiante.)* No, pero es que regañamos antes de la guerra. Entonces tuve yo razón y ella lo sabía, pero no quiso admitirlo. Y ahora que me ha situado en una falsa posición, no volverá a mirarme nunca más a la cara.

SAM.—Veo que no conoce a las mujeres. Precisamente cuando no pueden perdonarle a uno es cuando uno tiene razón. Ahora que no la tiene usted, todo lo que ha de hacer es decirle cuánto lo siente y lo mucho que la quiere... y ya está. *(Moviendo la mano en dirección a la puerta del primer término derecha.)* Y esta es la ocasión.

CAMYON.—*(Titubea un segundo, luego hace acopio de valor.)* Gracias, Sam. Lo intentaré. (SAM *se dirige hacia la escalera.)*

SAM.—Ya no tardaremos en marcharnos a casa. Bien, adelante. ¡Arriba la Fuerza Aérea! *(Desaparece* SAM *escaleras arriba, dejando a* PAULINE *y* TONY *ardiendo evidentemente en deseos de desembarazarse de* WEBBER.)

WEBBER.—*(Empezando claramente a acomodarse para rato.)* ¡Bueno, bueno! Después de todo, la fiesta ha resultado magnífica. Sí, señor.

PAULINE.—*(Mirándole gravemente.)* Mayor Webber, tiene usted aspecto de hallarse muy fatigado. Realmente parece usted agotado.

WEBBER.—*(Inquieto.)* ¿Sí?

PAULINE.—*(Gravemente.)* Desde luego. Creo que debería usted acostarse... y no se preocupe de nosotros.

TONY.—¡Eso es! Parece usted muy deprimido, señor. Probablemente ha tenido un día muy ajetreado.

WEBBER.—Pues la verdad es que he tenido un día muy confuso. Me imagino que tardaré algún tiempo en cogerle el aire a las cosas de aquí.

PAULINE.—Mayor Webber, tengo que decirle que es usted una persona muy agradable.

WEBBER.—*(Sonriendo.)* Eso es muy amable por su parte. Y usted es una joven muy linda y avispada, miss Pauline. Sí, creo que voy a retirarme a descansar. Buenas noches.

TONY y PAULINE.—Buenas noches.

WEBBER.—*(Volviéndose en la escalera.)* Cogeré el aire a tiempo. *(Desaparece* WEBBER *escaleras arriba.)*

TONY.—Mire, yo comprendo lo que le pasa.

PAULINE.—¿Cómo es eso?

TONY.—Pues, entre lo que pasó anoche...

PAULINE.—*(Severa.)* ¿Estuvieron «bebiendo»?

TONY.—Pues... tomamos un par de vasos.

PAULINE.—¿Chicas?

TONY.—No, no... Solo muchachos.

PAULINE.—Bueno, ármese de valor, porque necesito hablar seriamente con usted. Espero que no será de ese tipo de oficiales que no esperan después de la guerra más que la secretaría de un club de golf de segunda categoría en una sociedad decadente, ¿verdad?

TONY.—Nada de eso... Aborrezco el golf. Y estoy lleno de proyectos y de ambición y de todo eso... Se sorprendería usted si supiese.

PAULINE.—Entonces está hecho. Podemos hablar de tus proyectos después. Mientras tanto, yo te llamaré Tony y tú puedes llamarme Pauline.

TONY.—*(Sinceramente.)* Muchas gracias, Pauline.

KENTON.—*(Entrando procedente de la cocina.)* Perdón, señorita. ¿Podría decirme si está su señoría en el salón?

PAULINE.—Sí, pero no debe molestarla ahora. Ya no tiene nada que hacer aquí, Kenton. Puede retirarse a su habitación a disfrutar de uno de sus interesantes sueños.

KENTON.—Gracias, señorita. Anoche tuve uno. Soñé que llevaba a mi anciana tía, que tenía una mercería, a las carreras de Goodwood.

PAULINE.—Pues esta noche trate de llevarla a las de Ascot.

KENTON.—*(Con súbita sonrisa... la primera.)* Gracias, señorita. Y... buena suerte. (KENTON *vuelve a la cocina.)*

PAULINE.—*(Tranquila y claramente.)* Bueno, Tony, he decidido tomarme un gran interés personal por ti.

TONY.—¡Hechicera! ¡Completamente hechicera!

PAULINE.—Pero antes quiero saber por qué me miras, más que fascinado, perplejo.

TONY.—Pues..., mira..., tú eres la misma jovencita del Ejército Femenino de Tierra que vi cuando llegué aquí, ¿verdad?

PAULINE.—¿Por qué? ¿Importa eso algo?

TONY.—Pues, sí. Esa jovencita me robó el corazón instantáneamente.

PAULINE.—*(Indignada.)* ¡Que no me vengan a mí con romanticismos y hechizos! ¡Mira! (PAULINE *empieza a despojarse apresuradamente del vestido.)*

TONY.—*(Alarmado.* ¡Eh! ¡Calma! ¡Oh! (PAULINE *se muestra ahora con su uniforme del Ejército Femenino de Tierra. Se alisa los cabellos hacia atrás, dejándolos como los tenía antes.)*

PAULINE.—*(Con el vestido al brazo.)* Bien, aquí tienes, idiota. Espécimen del Ejército Femenino de Tierra, segunda guerra mundial.

TONY.—*(Sumido en profunda admiración.)* ¡Qué chica! Lo tienes todo. *(Mientras se contemplan mutuamente,* CAMYON *y* LADY FARFIELD *entran procedentes del salón.)*

PAULINE.—*(Precipitadamente.)* Tengo que llevar este vestido arriba. Puedes venir conmigo, si quieres. *(Los dos se dirigen hacia la escalera.)*

CAMYON.—*(Con fingida severidad.)* ¿Adónde va, Acton?

PAULINE.—*(Tranquilamente.)* He pedido al jefe de escuadrilla Acton que me acompañe, pues esta noche estoy muy nerviosa.

LADY FARFIELD.—*(Risueña.)* ¡Pauline!

TONY.—Así es, señor. Tipo de chica nerviosa.

CAMYON.—*(Sonriendo.)* Está bien. *(Mientras los dos jóvenes se escabullen apresuradamente, él se vuelve a* LADY FARFIELD.) Y otra cosa, Frances, tenía un espantoso dolor de cabeza.

LADY FARFIELD.—*(Fríamente.)* No debías beber tanto.

CAMYON.—No he bebido mucho. Mira, hace unos meses me rajaron un poco la cabeza, y, aunque la herida está curada, a veces me molesta, especialmente después de haber efectuado un viaje.

LADY FARFIELD.—*(Inquieta.)* ¡Oh!..., Edward, ¿por qué no me lo dijiste?

CAMYON.—No tuve ocasión. *(Se aproxima a ella.)* Pero no te preocupes por eso. Lo que realmente quería decirte es que..., no solo estaba equivocado esta noche, y vuelvo a pedirte que me perdones por ello, sino que también lo estuve antes de la guerra. Lo siento.

LADY FARFIELD.—Yo no estoy tan segura de que fuese así.

CAMYON.—¡Oh, sí! Lo estuve. Y te ruego me digas que me perdonas. No olvides que ya he pagado muy cara mi estupidez.

LADY FARFIELD.—¿Cómo?

CAMYON.—Habiéndote perdido durante todo este tiempo. Y esta noche..., cuando te vi..., al fin..., me quedé sin aliento.

LADY FARFIELD.—No me extraña... después de aquello. Y probablemente, ahora que soy una obrera manual, no tengo idea de la fuerza que poseo. Lo siento mucho, Edward.

CAMYON.—Lo tuve bien merecido. Pero recuerda, Frances, que he estado fuera cuatro años, trabajando con hombres que no hacen más que pensar en sus mujeres.

LADY FARFIELD.—*(Gravemente.)* Diles que las mujeres aquí trabajamos para ellos, oramos por ellos y, en lo más profundo de nuestro corazón, no pensamos más que en el momento en que todo habrá terminado y los tendremos aquí de vuelta. Y esa es nuestra verdadera existencia.

CAMYON.—*(Lentamente.)* Supongo que ni siquiera tengo derecho a hacerte esa pregunta ahora. Pero... ¿esperas a alguien de ese modo?

LADY FARFIELD.—*(Sonriendo a medias.)* No. Edward..., ahora no.

CAMYON.—*(A punto de abrazarla.)* ¡Frances..., querida!

LADY FARFIELD.—¡Querido! *(Se oye el ruido que producen los invitados de la fábrica y* HERBERT *bajando la escalera.)* ¡Oh, qué lástima! Vienen todos. Edward, me gustaría oírte decirles algo a los otros antes que me hables a mí. *(Cuando* HILDA, EILEEN, SAM y HERBERT *llegan abajo, ella les dice:)* Supongo que no tienen más remedio que marcharse ya, pero es una verdadera lástima.

HILDA.—Sí que lo es. Además, nosotros hemos traído nuestras bicicletas, pero ¿y Herbert?

EILEEN.—Ya he conseguido que nos presten una para él.

HILDA.—*(A* HERBERT.) Ya ves. Ya tienes alguien que cuide de ti ahora.

SAM.—*(A* LADY FARFIELD.) Bueno, muchas gracias por todo. No sé los demás, pero yo he pasado una velada magnífica.

EILEEN.—*(Tímida y feliz.)* Todos lo hemos pasado muy bien, ¿verdad, Herbert?

HERBERT.—*(Sonriendo.)* Así es. Excepto por lo del lacayo.

CAMYON.—Siento mucho lo sucedido, cabo.

HERBERT.—No se ha hecho mal a nadie, señor. Y..., ejem..., lady Farfield, desearía que se quedase con esos veinte Players..., por lo que me ha dado esta noche...

LADY FARFIELD.—*(Sorprendida.)* Pero si yo no le he dado nada.

HERBERT.—*(Indicando a* EILEEN.) Bueno..., mire lo que he ganado.

EILEEN.—*(Confusa, pero radiante.)* ¡Oh..., Herbert!

CAMYON.—Muy justo, cabo. Señoritas, he incurrido en el error de juzgarlas mal a ustedes. Lo siento en el alma. Aunque, en parte, la culpa es suya por haberse presentado a mis ojos bajo una apariencia tan radiante.

HILDA.—*(A* LADY FARBIELD.) ¡Escuche eso! ¿Sabe que realmente es muy simpático?

SAM.—Vamos.

CAMYON.—Buenas noches, Sam; le veré en la fábrica mañana por la mañana. *(Coro de adioses, gracias, etc., al dirigirse todos hacia la puerta de entrada. Entra* LOTTA *por la derecha.)*

LADY FARFIELD.—¿Y eres realmente simpático, Edward? *(A* LOTTA.) No necesita velar, Lotta.

LOTTA.—*(Recogiendo la bandeja.)* Ya lo sé. Me voy a la cocina a hacer unas gachas. Siempre se me olvidan las gachas. Buenas noches. *(Mutis* LOTTA.)

LADY FARFIELD.—*(Sentándose en el sofá.)* Y ahora que, al fin, nos hemos quedado solos, sentémonos tranquila y apaciblemente.

CAMYON.—*(Sentándose a su lado.)* Me parece muy bien, Frances. He tenido un día muy ajetreado.

LADY FARFIELD.—Y yo también, querido. Así, pues, aprovechemos este remanso de paz para descansar un poco.

CAMYON.—Y para disfrutar de este golpe de suerte. En realidad, no tengo mal carácter, ¿sabes? Soy bastante pacífico cuando me dejan.

LADY FARFIELD.—Quizá todos lo seamos cuando nos dejan, querido. *(Suena estridentemente el timbre en la puerta de entrada.)* ¡Oh, Dios mío! *(Antes que puedan moverse, la puerta se abre violentamente e irrumpen en la casa tres personas, cargadas con instrumentos musicales y partituras. Son un hombre barbudo y entrado en años, una corpulenta mujer de edad mediana y una jovencita de aspecto raro.)*

VIEJO.—*(Con voz vigorosa y rústica.)* ¡Buenas noches a todos! Esto es Farfield Hall, ¿verdad? Míster Killi..., no sé qué..., nos dijo que viniésemos aquí. A cualquier hora, dijo, y cuanto antes, mejor, pensé yo. De modo que aquí estamos, aunque no sé para qué va a servir la pequeña Lucy... *(Armado con su violín y sus partituras,* KILLIGREW *desciende volando la escalera, mientras los demás le contemplan asombrados.)*

KILLIGREW.—*(En plena y tremenda forma.)* ¡Hola, hola, hola! Ha dado la casualidad de que estaba asomado a la ventana y les he visto llegar en esa calesa o «trap», o lo que sea. Encantado de conocerle, míster... *(Consulta su librito de notas.)* ...míster Bramley.

VIEJO.—No.

KILLIGREW.—No, claro que no. Míster... Fraser...

VIEJO.—No.

KILLIGREW.—Quiero decir, míster Henniman...

VIEJO.—No.

KILLIGREW.—Bueno, es lo mismo. Encantado de conocerle. *(Indicando a la muchacha.)* Parece un poco joven para Mozart..., pero, en fin, ya nos arreglaremos... *(Se oye el tremendo ruido que produce la llegada de varios camiones, voces femeninas, gritos, etc. La* COMODORO PENTWORTHY *irrumpe arrolladoramente en el vestíbulo, seguida por muchachas uniformadas, que transportan ficheros, etc.)*

COMODORO PENTWORTHY.—*(Con voz fuerte y tono oficial.)* Voy a instalar aquí mi cuartel general. No hay ningún otro sitio donde hacerlo... Ya te lo advertí, Frances.

LADY FARFIELD.—*(Protestando enérgicamente.)* Phyllis, no puedes invadirnos de este modo.

COMODORO PENTWORTHY.—*(Haciendo caso omiso de ellos, en tono autoritario.)* Millicent, descarguen tan rápidamente como sea posible. Escaleras arriba, muchachas. Los archivos oficiales y el equipo, antes que los efectos personales. Vamos, vamos, muchachas, de prisa. Que los camiones despejen la entrada tan pronto como sea posible... *(Mientras la* COMODORO PENWORTHY *continúa dando órdenes,* LADY FARFIELD *y* LOTTA *no dejan de protestar,* PAULINE *prorrumpe en carcajadas, a las que* TONY *une las suyas, mientras* CAMYON, *por su parte, añade sus protestas a las de* LADY FARFIELD. *Fuera, se intensifica el estruendo. La orquesta ataca unos compases alegres y burlones y cae el telón.)*

FIN DE
«¿COMO ESTAN EN CASA?»